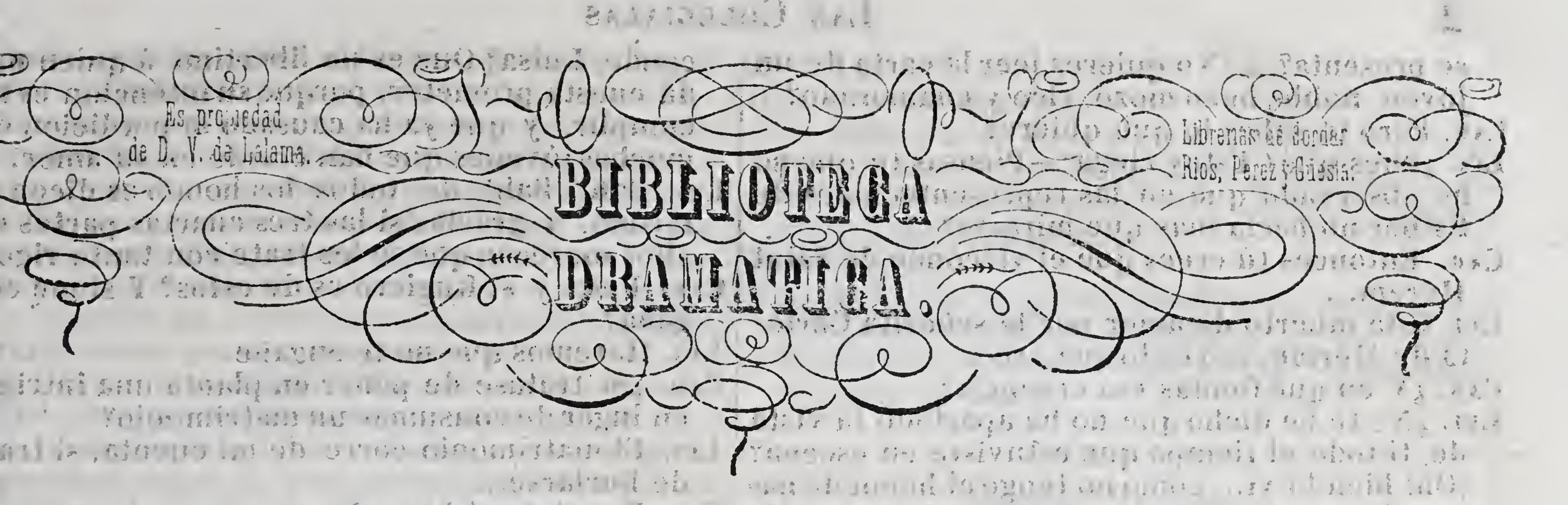


LAS COLEGIALAS DE SAINT CYR.

Comedia en cinco actos, escrita en francés por Alejandro Dumas, *y traducida al castellano por* D. Francisco Luis de Retes, *representada en el teatro de la Cruz en mayo* 1844.

PERSONAGES.	ACTORES.
...rlota de Merian.	*Doña Matilde Diez.*
...isa Mauclair.	*Doña Placida Tablares.*
... duque de Anjou, *nie-to de Luis XIV.*	*Don Florencio Romea.*
...giero, *Vizconde de Saint Herem.*	*Don Francisco Lumbreras.*
...ercules Dubouloy.	*Don Vicente Caltañazor.*
... Duque de Harcourt.	*Don José Aznar.*
...ntois.	*Don Juan Carceller.*
... oficial del rey.	
... oficial del Prevos-tazgo.	
... *criado.*	
... *ugier.*	

ACTO PRIMERO.

...l teatro representa un pabellon contiguo á Saint-Cyr. ...ntana al fondo. Puerta á la izquierda. Puerta á la de-...ha, que cuando se abre deja ver tres ó cuatro escalo-... En el primer término á la derecha del espectador ...a ventana con reja que cae á una calle.

...a escena es en Saint-Cyr en el mes de Diciem-...e de 1700.

ESCENA PRIMERA.

...lota de Merian *sale por la puerta de la izquier-... Da dos ó tres pasos poco á poco, mira si está sola. Dan las siete.*

...sta es la hora. Si, mañana á las siete, dijo al ...asar junto á mi, id á la salita azul, levantad ...l tapete de la mesa y encontrareis una carta... ...eedla en nombre del cielo, leedla. Con pretes-...o de que me iba á mi cuarto me he separado de Luisa y he venido. (*tentando por encima del tapete.*) Aquí está... si... no hay duda... ¡Dios mio, que haré? la tomaré?... No... no, de ningun modo... ¿la dejaré? ¡que imprudencia!.... si encuentran esta carta y la leen... y ven mi nombre... ¡Ay! es tan severa Mme. Maintenon... Pero puedo engañarme, puede ser que esto no sea una carta; en Saint-Cyr no puede entrar nadie como no sea el Rey y los príncipes de la sangre. (*levanta el tapete.*) Si, una carta es... ¿si se habrá confiado á alguna persona?... oh no, no la tomo; el que la ha traido vendrá por la respuesta y al ver que no la hay se llevará la carta... no corro ningun riesgo... No, no la tomo. Mi pobre corazon se siente muy inclinado á corresponder al amor que sus ojos me declaran, qué seria si leyese su carta!... ¡ah! no... no.

ESCENA II.

Carlota, Luisa Mauclair.

(Al levantar Carlota el tapete Luisa ha aparecido en el dintel de la puerta, y ha visto la carta; al alejarse Carlota de la mesa por temor de caer en la tentacion, Luisa se ha acercado, ha tomado la carta y la ha abierto.)

Lui. (*leyendo en alta voz.*) «Querida Carlota.»

Car. (*volviéndose.*) Gran Dios!... Luisa ¿qué haces? has abierto esa carta?

Lui. Si, la he abierto.

Car. Yo no queria leerla... no... no quiero... ¿qué es lo que dice?

Lui. ¿No dices que no quieres leerla?

Car. Pues no, no quiero.

Lui. Bien... no me escuches... (*leyendo.*) «Querida Carlota..

Car. ¡Ay Dios mio! va á creer que la he abierto yo.

Lui. ¡Gran desgracia!... ¿Pero cuál es tu intento? Por qué vuelves la espalda á la fortuna que te

se presenta?... ¿No quieres leer la carta de un jóven, noble, buen mozo, rico y enamorado?

Car. Pero tú sabes lo que quiere?

Lui. ¿Pues qué? Estoy ciega?—Piensas tú que no he observado que en las representaciones de Esther no hacia mas que mirarte?

Car. Entonces tú crees que el vizconde de Saint Herem...

Lui. Está muerto de amor por la señorita Carlota de Merian, eso es lo que creo.

Car. ¿Y en qué fundas esa creencia?

Lui. ¿No te he dicho que no ha apartado la vista de tí todo el tiempo que estuviste en escena? ¡Oh! bien lo vi... como no tengo el honor de hacer el papel de Esther como tú, y si un guardia del rey Asuero, personage mudo, sin otra obligacion que la de tener su alabarda del modo mas formidable, he podido verlo todo y decir: Ola, señor Vizconde, esas tenemos?

Car. ¿Qué quieres decir? No te comprendo.

Lui. Ya sabes lo que tenemos convenido.

Car. ¡Ah si... ¡Tus sueños!

Lui. ¡Mis sueños!... vaya... ya verás si mis sueños se convierten ó no en realidades.

Car. ¿Y si en lugar de llevarnos á ese porvenir tan brillante que esperas, nos pierden tus consejos?

Lui. ¿Y nos puede suceder cosa peor que quedarnos aquí? Veinte veces te lo he dicho. Tú con nombre y sin dinero, yo sin dinero y sin nombre, conseguiremos que á tí te cuelguen en los hombros una bonita cinta azul de la cual estará pendiente una cruz, y te hagan abadesa... Ya verás como te diviertes cuando seas abadesa; á mi me harán pasanta como lo fué mi pobre madre... cosa tambien muy divertida. Pero si por el contrario, tu consientes en dejarte amar por ese jóven que te adora, te casarás con él, serás Vizcondesa, tendrás cien mil escudos de renta, caballos, un palacio; tendrás tambien entrada en la corte, me llevas contigo, me ven... se enamoran de mi y me caso.

Car. Vamos á ver, y con quién te casas?

Lui. Me caso, ó con un elegante señor de la corte, arruinado, ó con un asentista general feo, pero estremadamente rico. Si consigo encontrar uno que reuna las dos cualidades... ya ves... pero no quiero enfadar al cielo pidiéndole tanto.

Car. Tú estás loca, pobre Luisa.

Lui. Loca!... escucha. (*leyendo.*) «Querida Carlota, no necesito deciros que os amo, bien lo sabeis vos.» Tiene razon, bien lo sabes tú. «Pero lo que no sabeis, es que daria la mitad de mi vida, por pasar la otra mitad á vuestro lado.»—La mitad de su vida, ¿qué tal? «Sin duda se opondrán grandes obstáculos, pero yo los venceré.»—Los vencerá, aqui lo pone,—mira:—«Dignaos solamente no mirarme con rigor, y yo me encargo de todo.»—De todo se encarga: no puede hacer mas... tú nada tienes que hacer: ¿ves que bueno es eso? «Si no quereis desesperarme, id de siete á ocho á la misma sala donde halleis esta carta... yo poseo los medios de entrar en ella, sin que nadie me vea, y sin comprometeros.—Firmado.—Rugiero, vizconde de Saint Herem.—«Ah! ¡si á mi me escribieran una carta como ésta!

Car. Pero no sabes lo que me han dicho del Vizconde, Luisa? Que es un libertino, á quien nada cuesta prometer, porque su intencion es no cumplir, y que ya ha causado la perdicion de muchas jóvenes que han creido en su amor.

Lui. Bah! Bah! de todos los hombres dicen lo mismo, y gracias si las tres cuartas partes de ellos merecen que se les trate con tanto rigor.

Car. Pero y si Rugiero es de estos? Y si me engaña?

Lui. Haremos que no te engañe.

Car. ¿Si tratase de poner en planta una intriga, en lugar de consumar un matrimonio?

Lui. El matrimonio corre de mi cuenta, si trata de burlarse...

Car. Y qué vas á hacer?

Lui. He previsto el caso, y tengo mi proyecto.

Car. No, no, Luisa; mas vale volver á cerrar esta carta, y dejarla donde estaba; cuando venga creerá que no la he leido.

Lui. Calla...

Car. Oigo ruido.

Lui. Viene gente...

Car. El és! me marcho.

Lui. Cómo... te vas?

Car. Sí... si me quedára... si le viera... si le hablára... leeria en mis ojos lo que pasa en mi corazon; quédate tú, y dile que no he querido leer su carta, dile que no le amo, dile que es inútil que conserve alguna esperanza.

Lui. Bien: tienes algo mas que decirle?

Car. Dile... Adios, que viene. (*vase.*)

ESCENA III.

Rugiero, Luisa.

Rug. (*viendo á Carlota y lanzándose á ella.*) Carlota!.. ¡huye de mi! (*deteniéndose en la puerta de la izquierda y volviéndose hácia Luisa.*) Perdonad, señorita... pero vos que sois su amiga... vos que siempre la acompañais, me esplicareis de qué procede este terror?

Lui. De una cosa muy sencilla, caballero.

Rug. Qué... no ha recibido mi carta?

Lui. (*enseñando la carta.*) Miradla.

Rug. ¡Oh!... la ha leido!

Lui. Si, señor... de cabo á rabo.

Rug. (*suspirando.*) ¡Ah!... entonces no me ama!

Lui. Y por qué no, señor Vizconde?

Rug. Porque echa á correr cuando me vé.

Lui. ¿Y el señor Vizconde de Saint Herem, cree que las muchachas huyen solamente de los que aborrecen?

Rug. Qué decis? ¡es posible!... Con que es porque teme que yo descubra sus sentimientos. Oh!.. señorita, en ese caso... soy el mas feliz de los hombres.

Lui. Es que no creais que digo...

Rug. Pues entonces qué decis?...

Lui. Digo que Carlota, es una jóven de noble cuna, y que está educada aqui, bajo la proteccion especial de Mme. de Maintenon; esta señora ha prometido hacerla abadesa, y antes de perder tan bella proporcion, quisiera saber, y yo tambien, como amiga y directora suya, como su Mentor quisiera saber lo que va ganando en el cambio.

Rug. Imaginais que no son rectas mis intenciones, señorita?

Lui. ¡Oh! pero sois rico, Sr. Vizconde, disfrutai

de un gran favor con el Duque de Anjou, con el cual os habeis criado: y vuestra familia os destinará la mano de una gran señora. De modo que si la pobre Carlota os ama, y si consiente en veros, se compromete; porque todo se sabe, caballero; y mucho mas en Saint Cyr; una vez comprometida, perderá el favor de Mme. Maintenon, y la esperanza de llegar á ser abadesa.

RUG. Pero en fin... qué puede tranquilizarla? Qué juramentos pueden convencerla?...

LUI. ¡Oh!... muy dificil será, porque os advierto que tiene en mi, una amiga muy exigente.

RUG. Y haceis muy bien, señorita; nunca se peca por desconfianza; hay tantos libertinos que se dedican á engañar la virtud, y á seducir el candor; pero yo, ¡oh! no me confundais con esos perversos; mis intenciones son puras, legítimas; una union sagrada, un matrimonio que publicaré, no ahora, porque tengo motivos poderosos para no hacerlo, razones de familia; en fin, mil motivos que ella comprenderá; pero ese misterio durará poco.

LUI. ¡Un matrimonio secreto, Sr. Vizconde! Pero Carlota no lo consentirá; para casarse en secreto, es preciso salir de aqui.

RUG. Es que yo salgo y entro cuando quiero.

LUI. (*con tristeza.*) ¡Que feliz sois!

RUG. Y ahora, estais mas tranquila, señorita?

LUI. Todavia no, pero en fin, puede que me tranquilice.

RUG. Pues bien, entonces yo os lo ruego, os lo suplico, sed vos mi intérprete con ella; decidla que la amo, que la adoro, que voy á morir si no la veo, que la espero dentro de una hora, aqui, en este sitio, para tranquilizar sus temores, y para hacer que desaparezcan todos sus escrúpulos.

LUI. Esta bien, ya veremos.

RUG. Cómo, vos tambien?...

LUI. Por supuesto, como que nunca me separo de ella, ya os he dicho que soy su Mentor.

RUG. (*ap.*) Miren la taimada.

LUI. (*ap.*) Parece que no le gusta que yo ande en medio, ¿si tendria Carlota razon?

RUG. Bien! venid, os espero.

LUI. ¡Oh! nosotras no nos comprometemos á nada, haremos lo que podamos, eso es lo único que prometo. (*hace una gran reverencia.*) Sr. Vizconde...

RUG. (*haciendo otra.*) Señorita...

ESCENA IV.

RUGIERO *solo.*

Vive Dios que parece que se están burlando de mi, cosa que me haria muy poca gracia: Carlota es sencilla, buena y amante, pero con una auxiliar de esta especie... diablo... el asunto se formaliza; y qué vas á hacer, Vizconde? Te aterra una sola dificultad?.. Voto á brios si yo lo hubiera imaginado no estaria aqui sin haber tomado mis medidas; me hubiera provisto de un Telémaco ya que ella tiene un Mentor; nada seria mas fácil, y entonces yo... (*mirando por la ventana.*) Calla, que es lo que veo?.. no... si... (*abre la ventana.*) Es mi amigo Dubouloy. ¡Oh! estoy salvado... Dubouloy... Dubouloy. (*llamando.*)

DUB. (*en la calle.*) Qué es eso? quién me llama?

RUG. Yo.

DUB. Qué me quieres?

RUG. Sube y te lo diré; (*tira una llave por la ventana.*) toma, esa es la llave de la puertecita del jardin; la del pabellon está abierta, cuidado no te vean, ven pronto.

DUB. Ya voy.

RUG. (*solo.*) Ya tengo mi hombre; no seria mejor si lo hubiera hecho á propósito... ¡Ah... Mlle. de Merian, vos teneis una auxiliar, pues bien, yo tengo un aliado.

ESCENA V.

RUGIERO, DUBOULOY.

DUB. Aqui me tienes, querido amigo; qué me quieres? habla pronto, que tengo prisa.

RUG. Primeramente, dame la llave de la puerta.

DUB. (*dándosela.*) Tomalá.

RUG. Has cerrado?

DUB. Querias que dejase abierto de par en par para que se entráran aqui como Pedro por su casa..? Pero dime, cómo es que estás en este sitio?

RUG. Tengo órden del duque de Anjou.

DUB. Ah! me tranquilizas.

RUG. Es un asunto de gran importancia; pero antes de todo, buenos dias, querido Dubouloy!

DUB. Buenos dias, querido Saint Herem.

RUG. Calla, calla, que guapo estás, qué es eso?

DUB. Es que me caso.

RUG. Cuándo?

DUB. Dentro de dos horas.

RUG. Buen matrimonio?

DUB. Asi, asi; no es rica, pero tiene relaciones en la corte y espero que me nombren repostero del rey; es deseo de mi padre y quiero darle gusto.

RUG. Espero que en esta ocasion solemne el señor Dubouloy sacará partido...

DUB. No puedo quejarme; me ha dado antes de ayer cincuenta mil libras de renta en dinero contante y su casa de la calle del Bac.

RUG. ¡Calla! junto á la mia.

DUB. Cabalmente, y si es eso lo que querias saber, ya lo sabes; á Dios, amigo mio, y cuando me case, que será pronto, ten la bondad de no ir muchas veces á ver á mi muger, y te estaré reconocido; por lo demas, ya sabes que soy tu amigo como Orestes y Pilades, Euryalo y Niso, Damon y Pythias.

RUG. Pero dime, querido Pythias, cómo si te vas á casar dentro de dos horas, te estabas paseando con esa calma por la calle?

DUB. Querido, estoy esperando á mi criado Boisjoli que ha ido á Paris á buscar el regalo de boda, y que sin duda se estará emborrachando en alguna taberna; y yo que estoy deseando ver lo que regalo á mi futura, he venido á ver si llegaba; porque como te he dicho, dentro de dos horas me caso.

RUG. (*reflexiona.*) ¡Dentro de dos horas!

DUB. (*sacando el reloj.*) Dentro de dos horas y veinte y cinco minutos.

RUG. ¡Oh! todavia tienes tiempo.

DUB. Ay, amigo mio! no sabes tú lo que es casarse; está uno en brasas, está uno echando fuego.

RUG. ¿Pero estás enamorado de tu muger?

Dub. Yo... la he visto ayer por la primera vez al firmar el contrato de matrimonio.

Rug. Y es bonita?

Dub. (*alzando los hombros.*) Asi... asi.

Rug. Hermosa?

Dub. Muy bajita, amigo mio, muy baja.

Rug. ¡Diablo!

Dub. Conque comprenderás...

Rug. Dobouloy, amigo mio, escucha, yo...

Dub. ¡Amigo mio! Ya comprendo; qué, quieres que te haga un favor?

Rug. Ya sabes que en estos casos imploro siempre tu proteccion.

Dub. Y yo lo agradezco mucho, pero lo que es hoy...

Rug. Ya sabes que cuando he necesitado dinero...

Dub. Si, me lo has pedido, y yo he tenido á mucha honra el dártelo, porque al fin y al cabo yo soy plebeyo y tú noble.

Rug. Y cuando me batí con el Marqués de Montaran, te llevé de padrino.

Dub. Si, en lo cual me hiciste un gran honor, porque al fin y al cabo yo soy plebeyo y te debo todavia mucho mas, porque bien sabes que tube la honra de que me diera una estocada el señor baron de Bardanne, de quien estoy en estremo reconocido; oh! el baron de Bardanne es un guapo chico.

Rug. Pues bien, amigo mio, te pido otro favor, el último.

Dub. Habla, y si puedo...

Rug. Todavia tienes dos horas, y veinte y cinco minutos de libertad?

Dub. (*sacando el reloj.*) Hombre, ya no son mas que dos horas y veinte minutos, porque hace cinco que estamos juntos, y debes comprender que un novio debe estar fijo como un reloj: es bonito mi reloj, no es verdad? Es un regalo de mi padre, conque vamos á ver, qué quieres?

Rug. Quiero darte ocupacion por espacio de una hora y veinte minutos.

Dub. No me queda entonces mas que otra hora.

Rug. Y te sobra tiempo para volverte á casa de tu padre.

Dub. Amigo mio, pídeme lo que quieras, pero en este momento no es posible... vaya, abur, hasta la vista.

Rug. Dubouloy, no sabes lo que te pierdes.

Dub. ¿Cómo, pierdo algo?

Rug. Una aventura que te dará mas fama que tu estocada.

Dub. Vamos á ver, de qué se trata?

Rug. Has de saber que estoy haciendo el amor á una encantadora muchacha, pero por desgracia va siempre acompañada de una amiga.

Dub. Ya comprendo... es preciso alejar... divertir al enemigo.

Rug. Eso, eso es.

Dub. Pero hombre, ¿no te he dicho que me voy á casar dentro de dos horas?

Rug. Tanta mas razon para ello, querido, porque entonces te hallarás á la altura de la situacion, y cuando te veas al lado de tu muger estarás animado, fogoso, tendrás elocuencia, estarás sublime, y tu muger creerá que estás perdido, enamorado.

Dub. Calla, pues es verdad.

Rug. Sin contar ademas de que habrá muy pocos jóvenes á quienes haya sucedido una aventura semejante; y podrás decir que una hora antes de tu matrimonio estabas en Saint-Cyr, donde no entran mas que el Rey y los príncipes de la sangre; ¿entiendes? Podrás decir que estabas en Saint-Cyr haciendo la corte á una oveja del rebaño que guarda Mme. Maintenon.

Dub. Hombre, me vas seduciendo.

Rug. Querido, libertinage puro.

Dub. ¿Pero que dirá mi muger si sabe todo esto?

Rug. Dirá que eres un completo seductor, y te adorará.

Dub. Tú lo crees asi?

Rug. Estoy seguro de ello.

Dub. Pues mira, falta me hace, porque lo que e ahora no parece que me quiere mucho.

Rug. Pues qué! tu muger...

Dub. Oh! aunque digo eso, probablemente no será mas que figuracion mia; pero vamos á ver la persona á quien voy á hacer la corte, e decir, el obstáculo, el obstáculo es bonito?

Rug. Oh! es encantadora.

Dub. Alta ó baja?

Rug. Baja.

Dub. ¡Uy! mas me gustan las altas, me muer por las altas; y dime, tiene el pelo rubi ó negro?

Rug. Castaño.

Dub. ¡Uy! castaño! es una mezcla que no m gusta? Y como se llama?

Rug. No sé.

Dub. Calla, no sabes? Entonces...

Rug. Y qué importa? Yo me enamoro de una mi rada, de un gesto, ya ves... la simpatia...

Dub. Vaya por la simpatia.

Rug. Con que, consientes?

Dub. Puedo yo dejar de complacerte en algun cosa, amigo Rugiero?

Rug. Gracias.

Dub. Pero ten en cuenta que no me puedes ocu par mas que una hora y diez minutos.

Rug. Nos sobra tiempo. Calla...

Dub. Qué es eso?

Rug. Viene gente.

Dub. Son ellas, estoy seguro, cómo palpita n corazon!

Rug. (*señalando á la derecha.*) No, que el ruid suena por este lado, y no puede ser otro m que el duque de Anjou.

Dub. (*dirijiéndose á la derecha.*) Entonces m voy.

Rug. Por ahí no, que te va á ver.

Dub. (*señalando á la izquierda.*) Entonces por aqu

Rug. Desgraciado, te vas á meter en los dorm torios?

Dub. Pues dónde me oculto? No hay aqui ni u mesa ni un armario...

Rug. Mira, por la ventana.

Dub. Hombre.

Rug. Salta.

Dub. Cómo saltar?

Rug. Si no hay mas que diez pies de altura.

Dub. Y si me ven? Y si hay trampas?

Rug. Tranquilizate, no hay nada de eso.

Dub. (*montado en la ventana.*) Ay! Rugiero, R giero, bien puedes decir...

Rug. (*empujándole.*) Anda, que entra el princ pe. Salta, aun es tiempo.

ESCENA VI.

RUGIERO, EL DUQUE.

DUQ. (*por la derecha.*) Así me gusta, Rugiero, el primero siempre en acudir á las citas.

RUG. V. A. no debe esperar nunca. Ni eso le cuadra al nieto de Luis XIV.

DUQ. Gracias á Dios que tengo un instante por mio. Mme. de Maintenon acaba de entrar en su oratorio y aquí estamos libres de importunos; vamos Saint-Herem, has visto á Mlle. de Montbazon?

RUG. Si señor, y la he devuelto el retrato que ella habia dado á V. A.

DUQ. Y te ha entregado mis cartas?

RUG. Las cartas de monseñor están en sus dominios de Saint Leu. Mañana por la mañana las tendré en mi poder, porque ha ido á buscarlas esta tarde.

DUQ. De veras?

RUG. Me ha dado su palabra.

DUQ. Ya ves, Rugiero, que necesito irremisiblemente esas cartas ahora que voy á España.

RUG. Y cuando se marcha V. A?

DUQ. Pasado mañana; como me voy á casar con la hija del duque de Saboya... es preciso...

RUG. Tranquilizaos, monseñor; antes de las diez estarán las cartas en mi casa; pero V. A. tendrá la bondad de decirme donde he de ir á entregárselas, si á Marly, á Versalles ó á las Tullerias.

DUQ. Escucha, mañana me voy á estar todo el dia en tu casa

RUG. Es imposible? V. A. se dignará...

DUQ. Silencio! si se llegára á saber que he estado en casa de un libertino como tú, se creeria que algun amor secreto...

RUG. Figúraseme que á vuestro augusto abuelo le sucedió una cosa muy parecida con una tal Hortensia Mancini.

DUQ. Si, pero mi augusto abuelo tenia cuarenta años mas.

RUG. Y sin contar que todavia no habia hecho conocimiento con Mme. de Maintenon.

DUQ. Calla. Iré solo, en un coche sin armas ni libreas; me anunciaré bajo el nombre del Conde de Mauleon. Cuida tú de que no me encuentre á nadie.

RUG. Todo se hará como lo desea V. A., ó por mejor decir V. M.

DUQ. Si, si, ese título me va á quitar la libertad que tenia; ya no podré dar un paso sin que lo observen, ni decir una palabra sin que sea causa de mil conjeturas y comentarios, ni aun solo voy á poder estar... por eso te he dicho que me esperases en este pabellon, cuya llave está en mi poder hace una semana, porque todos los dias tengo obligacion de venir á escuchar de boca de Mme. Maintenon fastidiosas lecciones de política: se ha empeñado en enseñarme á gobernar la España y á hacer feliz á mi pueblo. Rugiero, Rugiero, lo que debes hacer es venirte conmigo á España.

RUG. Si V. A. me dá una órden formal obedeceré... porque esa es mi obligacion, pero obedeceré con disgusto.

DUQ. Ola, perillan... algun plan de seduccion sin duda te detiene.

RUG. No, precisamente eso... pero... si una cosa que se le parece mucho.

DUQ. Pero no será en este sitio...

RUG. ¡Oh! como puede sospechar V. A...!

DUQ. Tu eres capaz de todo.

RUG. V. A. me lisongea.

DUQ. No, vive Dios... digo lo que creo... Hasta mañana... Quédate aquí por un momento, no quiero que nos vean salir juntos... Hasta mañana... ah! llévame las cartas y la llave del pabellon.

RUG. No faltaré, monseñor.

DUQ. (*marchándose por la izquierda.*) Cuidado.

ESCENA VII.

RUGIERO.

(*la noche vá llegando por grados.*) ¡Diablo!.. ¡devolverle la llave!.. Eso no puede ser... ¿cómo veo á Carlota entonces?.. Estoy por hacer una que sea sonada... oh! no, no, es preciso saber antes si Carlota me ama y despues... (*llaman á la ventana.*) Quién es?.. ¡ah! verdad; es... Dubouloy. (*llega á la ventana, y la abre. Dubouloy aparece sobre una escala.*)

ESCENA VIII.

RUGIERO, DUBOULOY.

DUB. (*en la escala.*) Querido amigo... no lo digo por mi, pero ya no faltan mas que cuarenta minutos.

RUG. Si, si, ya van á venir dentro de poco.

DUB. (*saltando á la escena.*) Me he encaramado por esta escala del jardinero para asegurarme de que estabas solo y decirte...

RUG. (*mirando al jardin.*) Espera.

DUB. ¿Qué es eso?

RUG. La oscuridad me impide... pero... si... es ella... Carlota... la que amo.

DUB. (*mirando.*) ¿Es esa que se está paseando sola?

RUG. Si.

DUB. Vaya, pues entonces para nada me necesitas... con que... á ella... y... salud.

RUG. No, hombre, no, de ningun modo; no te marches que me pierdes. ¿No ves que las dos saben que estoy aquí?.. Carlota no quiere venir por no encontrarse conmigo... y enviará á su amiga; si esta no me halla en esta sala, se volverá corriendo al jardin con ella... Ay querido Dubouloy... entreténla... enamórala... eso es muy fácil... Yo me voy al jardin... me echo á los pies de Carlota, y al fin obtengo la confesion de su amor. (*noche completa. Luisa por la izquierda.*) (*bajo.*) ¿Qué tal? ¿eh? mira si me he equivocado.

DUB. (*bajo.*) Conque esta es la mia, eh?

RUG. Si, la tuya.

DUB. Pero es que dentro de treinta y cinco minutos...

RUG. Sobra con un cuarto de hora. (*vase por la derecha.*)

ESCENA IX.

LUISA, DUBOULOY.

LUI. Oigo pasos... aquí debe estar... Caballero...

DUB. ¿Qué es eso?
LUI. Sois vos?
DUB. (*acercándose.*) Yo soy.
LUI. Ay señor vizconde, estoy desesperada. Por mas que he hecho no he podido determinar á Carlota que me acompañe.
DUB. Ah! señorita...
LUI. (*ap.*) ¿Qué oigo?
DUB. No buscaba yo á Carlota...
LUI. Esa voz! no es la del vizconde...
DUB. No señora, es mi voz.
LUI. ¿Y vos, quién sois?
DUB. Un amigo íntimo de Saint-Herem... un hombre á quien habeis hecho perder el seso... que no sabe lo que se hace... y que os pide perdon de lo que os dice... (*ap.*) Si luego salimos con que es una arpía, estamos frescos.
LUI. Pero caballero, ¿cuál es vuestro nombre?
DUB. Hércules Dubouloy.
LUI. Nunca he oido ese apellido!
DUB. Soy hijo único de un asentista general. Tengo... por ahora, 50,000 libras de renta, y cuando muera mi padre... ¿quién sabe? hé aqui mi posicion, señorita; puedo esperar que vuestro corazon...
LUI. Caballero... yo no os conozco... no os he visto nunca.
DUB. Oh! eso no importa... yo os haré mi retrato. Tengo 25 años... soy buen mozo... de apacible carácter... grata conversacion... ojos vivos... famosa dentadura, y sobre todo, con un corazon....
LUI. Pero dónde me habeis visto, caballero?
DUB. ¿Dónde?... ¿dónde ha de ser?... en la iglesia, en las representaciones de Esther.
LUI. ¿Habeis asistido á ellas?
DUB. No he faltado á una... Supe que mi amigo el vizconde de Saint-Herem, tenia una llave de Saint Cyr, y le pedí, le supliqué que me concediera el permiso de acompañarle.
LUI. Pero... caballero... aqui... á estas horas...
DUB. Nada importa la hora, señorita. (*ap.*) Vaya... si importa... tiene razon; ¿qué hora será?.. (*procura ver la hora que es en el reloj.*) (*ap.*) ¡Eh!.. no veo... (*cayendo á los pies de Luisa.*) Si, le supliqué que me concediera el permiso de acompañarle para poder arrojarme á vuestras plantas.
LUI. Ah! qué haceis?
DUB. Si, arrojarme á vuestras plantas y deciros... (*dan las ocho, ap.*) Las ocho, ya no faltan mas que diez minutos. (*alto.*) Y deciros....
LUI. El qué? El qué me vais á decir?... hablad.
DUB. Que os amo, señorita; si, eso es lo que os voy á decir.
LUI. Caballero... si creyese...
DUB. Dudais de mi palabra, señorita? Y no es bastante prueba lo que me espongo... si me encuentran en Saint Cyr.
LUI. Si, si, teneis razon... ningun interés teneis en engañarme.
DUB. Oh!.. ninguno, podeis estar segura.
LUI. Si, si, os creo.
DUB. (*ap.*) Calla! que pronto se ha convencido... no sabia que yo era tan elocuente.
LUI. Conque quiere decir que vos hareis conmigo lo que Mr. de Saint Herem haga con Carlota?
DUB. Lo mismo, todo lo que él haga haré yo... seguiré el ejemplo de mi amigo... encantadora... (*ap.*) ¿Cómo se llamará? (*alto.*) Encantadora...
LUI. Caballero!
DUB. Si... señorita... encantadora.
LUI. Oh! caballero, no os arrepentireis del sacrificio que haceis por mí! Mi reconocimiento será eterno, puesto que vuestro corazon me ha distinguido en medio de mis nobles, ricas y hermosas compañeras.
DUB. Pues bien, señorita, ya que estoy seguro de mi felicidad, permitid... que me retire.
LUI. ¡Cómo! ¡Caballero!..
DUB. Voy á dar parte á mi padre de vuestras escelentes disposiciones... (*ap.*) No tengo llave pero saltaré por la ventana. (*oyese ruido.*)

ESCENA X.

Dichos, CARLOTA.

CAR. (*que entra azorada.*) Luisa... Luisa. (*dentro.*)
DUB. Eh?.. qué es eso? qué hay?
LUI. Nada, que llega Carlota. (*va á ella.*)
DUB. (*ap.*) Aprovechemos esta circunstancia para marcharme.
CAR. Ay Dios mio!.. Dios mio!.. yo estoy muerta
LUI. Pero qué es eso?
DUB. (*dando vueltas por el cuarto.*) Dónde diablo he puesto mi sombrero...
CAR. (*á Luisa.*) Imagínate que cuando estaba á mi pies el vizconde y me decia que me amaba..
LUI. ¿Qué ha sucedido?
CAR. Oimos ruido entre las hojas... nos estaba escuchando.... Luisa.
LUI. Si, sin duda Mme. de Maintenon.
DUB. (*volviéndose aterrado.*) Cómo es eso!

ESCENA XI.

Dichos, RUGIERO.

RUG. ¡Carlota!.. ¡Carlota!... tranquilizaos.
DUB. (*encontrando el sombrero.*) Aqui está. (*vas por la puerta de la derecha.*)
RUG. No habia nadie... todavia me podeis repeti que me amais... si, repetidmelo... todavia m podeis hacer el mas dichoso de los hombres.
CAR. Pero estais seguro que nadie...
RUG. Seguro... he registrado por todas partes. y nada he encontrado.
DUB. (*volviendo.*) Amigo mio... amigo mio... puerta del pabellon está cerrada.
RUG. La que cae al jardin?
DUB. Si.
RUG. Se habrá cerrado sola.
DUB. Y entretanto estamos prisioneros. (*á Rugiero ap.*) Y yo... y yo... y mi padre... y suegro... y mi novia... y todo lo que me es esperando en Charny?
CAR. Ay Dios mio, Dios mio... si nos descubr estamos perdidos.
RUG. Pues bien, Carlota, haced lo que os decia seguidme.
CAR. ¡Un rapto!
DUB. Si, si... robemos... y sobre todo salgam de aqui... (*ap.*) Apenas me vea afuera... pi para que os quiero. (*alto.*) Robemos pront amigo mio.
LUI. (*á Dubouloy.*) Caballero, caballero... yo os abandono.

Dub. (*ap.*) Esta es mas negra, ah Rugiero...

Car. Un rapto... eso es imposible.

Lui. Y tú, qué esperas? ¿qué quieres que hagamos?.. Si nos quedamos, qué será de nosotras?

Car. Pero y como huimos?

Rug. Nada mas facil; yo tengo la llave del jardin, bajamos por esa ventana.

Car. Por la ventana!

Dub. Si, si por la ventana... por la escala que dejé puesta: (*abren la ventana y aparece en la escala un oficial con un pliego en la mano.*)

ESCENA XII.

Dichos, el Oficial.

Ofi. En nombre del Rey, señores, daos á prision.

Dub. Como á prision?

Ofi. Seguidme, señores.

Dub. Y á donde nos llevais?

Ofi. A la Bastilla.

Dub. A la Bastilla! Esto es peor que casarse.

Lui. (*á Carlota.*) No tengas cuidado, todo se arreglará. (*cae Dubouloy en los brazos de Rugiero y Carlota en los de Luisa.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon en el palacio del Vizconde de Saint Herem, [calle] del Bac.

ESCENA PRIMERA.

[Co]mtois *sale por la puerta de la derecha: óyense dar [tr]es fuertes golpes en la puerta de la calle: entra* Saint Herem.

[Co]m. (*solo.*) Vaya! será el amo. (*asómase á la puerta.*) El mismo... ya empezaba á tener cuidado, porque como ayer salió á las doce del dia y vuelve á las ocho de la mañana. (*viendo á su amo que entra y tira el sombrero sobre una silla.*) Ola, el tiempo está cargado, tempestad tendremos.

[Ru]g. No ha venido nadie preguntando por mi?

[Co]m. Un criado de la señora Condesa de Montbaron que ha dejado estos papeles.

[Ru]g. Traed (*ap.*) ¡ah! si, son las cartas del Duque [d]e Anjou... bien... (*alto.*) ¿ha ocurrido alguna [c]osa?

[Co]m. Nada, señor.

[Ru]g. Si vienen á buscarme, que no estoy en casa; [l]o entiendes? Pero si es el Sr. Conde de Mauleon, hacedlo pasar adelante; no olvideis este [n]ombre, y no le hagais esperar cuando venga. [S]i por casualidad tengo gente avisadme antes... [s]i es Dubouloy dejadle entrar. (*ap.*) Si está [p]uesto en libertad, porque desde que nos prendieron nos separaron y no he vuelto á saber de [él]. (*á Comtois.*) Entendeis? (*dirígese al cuarto de [la] derecha.*)

[Co]m. El señor va á entrar en su cuarto?

[Ru]g. Sin duda, qué tiene de estraño?

[Co]m. Oh nada... si ya sabeis...

[Ru]g. El qué?... qué quereis que sepa... yo no sé [na]da... hablad... decid...

Com. Que hay gente en vuestro cuarto.

Rug. Gente!... y quién es?... quién está ahí?

Com. La señora.

Rug. Qué señora?

Com. La señora Vizcondesa...

Rug. (*ap.*) Mi muger aqui... (*alto.*) Y quien se ha atrevido...

Com. Esta mañana á las cuatro se paró un coche á la puerta del palacio. Jazmin, que estaba despierto, creyó que era el señor que volvia y salió á ofrecerle sus servicios... pero bajó del coche una señora acompañada de la marquesa de Nesle y de la duquesa de Polignac.

Rug. ¡De la marquesa de Nesle y de la duquesa de Polignac!

Com. De Mr. de Estrees y de Mr. de Villarceau.

Rug. El gran escudero de monseñor el Duque de Anjou y el primer gentil hombre del señor Duque de Berry!... ¡ah! bien, Mme. Maintenon, muy bien.

Com. Debeis pensar que cuando Jazmin los reconoció, les franqueó la casa; preguntaron dónde estaba el cuarto del señor, y Jazmin los llevó á él. Cuando llegaron digeron á la señora: Vizcondesa de Saint Herem, ya estais en vuestra casa. Despues se retiraron. De este modo hemos sabido que el señor estaba casado.

Rug. Bien. Arreglad el cuarto que ocupa mi padre cuando viene á Paris, y ponedle en disposicion de recibirme.

Com. Es decir que no ireis á vuestro cuarto...

Rug. No es decir nada... haced lo que os digo. (*Comtois se dirige al aposento de la izquierda.*) Ah! Comtois.

Com. Señor ...

Rug. Tiene camarera Mme. de Saint Herem?

Com. Tiene dos.

Rug. Decid á una de ellas que os avise apenas esté visible su señora.

Com. Esta bien, señor.

Rug. Nada mas.—Salid. (*vase Comtois.*)

ESCENA II.

Rugiero.

Este episodio faltaba á la historia:—á fé mia es imposible estar mas fastidiado de lo que estoy.—Heme aqui ya la fábula de la corte... ah!... yo la amaba, pero nunca la perdonaré lo que acaba de suceder... ¡ah! considerad Mme. de Saint Herem que estais jugando conmigo una arriesgada partida, y que á pesar del favor de Mme. Maintenon quizá os llegue á pesar el haberla comenzado.

ESCENA III.

Rugiero, Dubouloy.

Dub. (*entrando con el sombrero encasquetado y cruzándose de brazos.*) Muy bien.

Rug. Ah! eres tú, querido Dubouloy.

Dub. Poco á poco, caballero, poco á poco. (*con frialdad.*)

Rug. Qué es eso?

Dub. Qué es esto? Vos me deciais ayer que me estábais obligado en estremo.

Rug. Verdad es; tú me has hecho muchos favores y me complazco en decirlo.

Dub. Pues bien, ya que tantos os he hecho, razon

será que vos me hagais alguno; espero que no me direis que no.

Rug. Y cuál es?

Dub. El de venir conmigo.

Rug. A qué?

Dub. A rompernos la cabeza.

Rug. Batirme contigo! Con mi mejor amigo?

Dub. Mi amigo, despues de lo que me ha sucedido... ¡Vos mi amigo..! os burlais sin duda.

Rug. Pero qué te ha sucedido?

Dub. Qué me ha sucedido?

Rug. Si. Quiero saberlo antes de batirnos.

Dub. Está bien, voy á deciroslo. Cuando nos separaron me metieron en un coche y me llevaron á la Bastilla; allí me hicieron bajar veinte y siete escalones... los conté; abrieron una puerta, me dieron un empujon, la volvieron á cerrar, y me encontré en un calabozo muy oscuro y muy desagradable.

Rug. Pobre Dubouloy!

Dub. A la luz de un farolillo, que por casualidad sin duda estaba allí, distinguí un ruedo y un banquillo, sentéme en el banquillo y me puse á reflexionar... que me estaban esperando mi padre y mi novia. Saqué mi reloj... las nueve... la hora señalada para mi matrimonio.

Rug. Y qué quieres, amigo mio... yo no tengo la culpa, te casarás esta noche.

Dub. ¡Esta noche! ¡que me casaré está noche! Si me hubiérais dejado proseguir, os hubiérais ahorrado decir una necedad. El resultado de mis reflexiones fue, que lo mejor de todo era salir de la Bastilla lo mas pronto posible. Hice que llamasen al alcaide; bajó el alcaide y le pregunté qué era lo que tenia que hacer para conseguir lo que deseaba; me dijo que estaria libre en cuanto devolviese á la señorita Luisa Mauclair el honor que la habia quitado. Respondí que yo no habia quitado nada á la señorita Luisa, y que nada tenia que devolverla. Entonces el alcaide llamó á dos carceleros, me hicieron bajar otros once escalones mas, y me encontré en otro calabozo mas oscuro y mas desagradable que el primero.

Rug. Y qué hiciste entonces?

Dub. Que hice! Recordar la conducta de los filósofos de la antigüedad y oponer el estoicismo á la persecucion. Despues de dos horas de estoicismo eché de ver que me estaba muriendo de hambre... Cosa muy sencilla; no habia tomado nada desde por la mañana, como no fuese el honor de Mlle. Luisa Mauclair segun decian. Ya se ve, cuando tengo hambre me se acaba el estoicismo, la filosofía y todo... cuando tengo hambre necesito comer... comer... y nada mas... Pedí que me dieran alguna cosa, y me respondieron que allí tenia pan y agua; debeis considerar en que estado me pondria semejante respuesta. Tiré el pan por la reja del calabozo, y derramé el agua por el suelo con la firme intencion de dejarme morir de hambre. Pasaron dos horas... entonces ya no tenia hambre, ni sed, tenia rabia... Sin embargo, aun no quise dar mi brazo á torcer y aguanté medio minuto mas... pero ay Dios! declaróse vencida la naturaleza, y á voz en grito comencé á decir que estaba pronto á devolver el honor á Mlle. Luisa Mauclair; ¡ay Dios! tenia un miedo horrible, un horrible miedo de que no me oyeran. Felizmente no fué así; entró el carcelero, con un pavo en una mano y una botella de Burdeos y un contrato de matrimonio en la otra. Firmé el contrato, me comí el pavo, desocupé la botella y seguí al carcelero que me llevó á una capilla donde me esperaba la señorita Luisa Mauclair, acompañada del capellan de la Bastilla, que nos casó en un santiamen. Ahora bien, señor Vizconde, com vos teneis la culpa de este matrimonio improvisado, á vos me dirijo para que me deis un satisfaccion. No por eso me descasaré, per me vengaré. Seguidme.

Rug. Querido Dubouloy... bien comprendo tu ra bia, porque á mi me sucede otro tanto... t aventura es hermana de la mia.

Dub. ¡Como! os han llevado á la Bastilla com á mi?

Rug. Si

Dub. Os han encerrado en un calabozo?

Rug. Si.

Dub. Y os han dicho que no saldriais de él... y han llevado el pavo y el contrato?

Rug. Si, amigo mio; me han dicho que no saldr de él hasta que devolviera el honor á la s ñorita Carlota de Merian.

Dub. Y habeis consentido...

Rug. Qué habia de hacer?

Dub. Conque entonces quiere decir... que tais...

Rug. Que estoy casado.

Dub. Casado! Estas casado?

Rug. Casado.

Dub. Amigo mio, ya nada exijo de ti. (*dándole mano.*) Bastante castigado estás.

Rug. Pero es que tú no sabes que me ha suce do una cosa mil veces peor.

Dub. ¿Qué te ha sucedido?

Rug. Hice juramento de no volverla á ver.

Dub. Y bien?

Rug. Y bien; vengo aqui, y me encuentro á Mm de Saint Herem instalada en mi cuarto por den de Mme. de Maintenon.

Dub. Amigo mio, me vuelvo á mi casa y el c serge me dice que Mme. Dubouloy ha toma posesion de mi cuarto. Sabes lo que hice tonces? No quise entrar, y me volví á casa mi padre; ya ves, justo era que fuera á ve

Rug. Y qué te dijo?

Dub. Estaba furioso, amigo mio! furioso! Ya y no le faltaba razon; salgo ayer de casa p antes de casarme, y digo dentro de una h vengo, y no vuelvo á parecer hasta el dia guiente, y casado con otra; no ha quer creer una palabra de todo lo que le he dic y al ver que perdia mi destino, me ha ech su maldicion.

Rug. Su maldicion!

Dub. Si señor. Yo no podia quedarme en cas mi padre, ni queria volverme á la mia, y t la determinacion de venir á la tuya. Ay, bre amigo mio! No sabia yo que tú te enc trabas en el mismo caso, esceptuando la dicion paterna.

Rug. Si, en el mismo.

Dub. No, no en el mismo; yo estoy mucho que tú.

Rug. ¿Pues cómo?

Dub. Si, amigo mio, si. Tú no tienes dos m

res, y yo si. Una con quien me debia haber casado y con quien no me casé, y otra con quien no me debia haber casado y que... que tiene un padre, dos hermanos y tres primos.

RUG. Quién, Luisa?

DUB. No, hombre, la otra, la bajita; y todos van á caer sobre mi, y me voy á tener que batir con todos..., Por eso queria empezar por ti; pero no se dirá que quiero agravar tu posicion.... ahora ten la bondad de decir... qué es lo que vas á hacer? Porque ya que sufrimos la misma suerte, justo es que tomemos las mismas resoluciones... ¿Qué tratas de hacer con tu muger?

COM. (*entrando.*) Mme. de Saint Herem pregunta si está visible el señor vizconde, y si puede recibirla.

RUG. Decidla que puede entrar. (*vase Comtois.*) No me preguntabas lo que iba á hacer? Entra en ese gabinete; ya sabes que tiene otra salida, escucha nuestra conversacion, y cuando te parezca te vas á tu casa y haces otro tanto con tu muger.

DUB. Apenas empieces á hablar, comprendo dónde quieres ir á parar: en dos minutos llego á mi casa, que como sabes está junto á esta, y te prometo que me portaré bien.

RUG. Ya viene Mme. de Saint Herem.—Entra pronto. (*Dubouloy se entra en el gabinete.*)

ESCENA IV.

RUGIERO, CARLOTA.

CAR. He sabido que habiais preguntado á qué hora estaria visible y vengo...

RUG. Os agradezco tal prontitud, señora; porque ya debeis comprender que necesitábamos tener los dos una esplicacion.

CAR. ¡Una esplicacion! No comprendo vuestras palabras, y mucho menos el singular acento conque las habeis pronunciado .. ¡Una esplicacion! y de qué?

RUG. De qué, señora? De nuestra prision de ayer, de los sucesos de anoche.

CAR. Ay! os aseguro que he sufrido mucho y he gozado mucho tambien.

RUG. Sin embargo, no creo que os haya causado mucho efecto una cosa que ya sabiais de antemano.

CAR. Que ya sabia..! ¡Qué quereis decir con eso?

RUG. Quiero decir, que manejais la intriga á las mil maravillas.

CAR. Caballero!

RUG. ¡Oh! no tomeis vuestra defensa; en estos casos siempre tiene razon el vencedor.

CAR. Yo os hablo con sinceridad; conozco que vuestras palabras encierran una amarga reconvencion, pero no comprendo cual puede ser... Han forzado vuestra voluntad? ¿Os habeis visto obligado á hacer alguna cosa á pesar vuestro?

RUG. Y vos me lo preguntais?

CAR. Si, Rugiero, yo os lo pregunto.

RUG. Vos!.. y os imaginais que ese matrimonio, en una prision de estado, se ha hecho con gran satisfaccion mia?

CAR. Pues ayer en el jardin de Saint Cyr no os arrojasteis á mis pies? ¿No me dijisteis que me amabais? Que el momento mas feliz de vuestra vida seria aquel en que pudiérais llamarme esposa vuestra..? ¿no me dijisteis todo eso?

RUG. Si, señora, y como deseabais darme esa felicidad cuanto antes, lo arreglásteis de tal modo, y con tal destreza, que en la misma noche vos fuisteis mi muger y yo vuestro marido.

CAR. Yo! caballero... y habeis podido creer..! ¡ay! todo lo entiendo ahora.

RUG. Pues quién sino vos ha podido prevenir á Mme. Maintenon tan á tiempo, que cuando ibamos á salir nos encontramos las puertas cerradas... y que al abrir la ventana nos hallamos con un oficial del Prebostazgo en la escala por donde ibamos á bajar?

CAR. Oh... no sabeis lo que estoy sufriendo en este instante... Es decir, que eran falsos vuestros juramentos de amor, que era ilusoria la oferta que me hicisteis de casaros conmigo..! Teniais intencion de engañarme, de engañar á una pobre muger ¡oh! poco mérito es ese, y tal triunfo no acrecentaria vuestra reputacion.

RUG. Os equivocais; no mentia cuando os juraba amor, porque os amaba, era tan loco como todo eso... Queria casarme con vos, pero queria tambien que nuestro matrimonio hubiera tenido otro aspecto... otra apariencia en que se manifestase el libre alvedrio.

CAR. Decid mejor que viendo que era una pobre muger sin consecuencia, habiais querido honrarme con un capricho... ¿no le dais este nombre?.. Y que para conseguirlo arrostrásteis todos los peligros. La casualidad, la Providencia quiso que se trastornasen vuestros planes, y que sujeto á un poder independiente de mi voluntad, obligado á dar cumplimiento á las promesas que me hicisteis, habeis visto ajado vuestro orgullo... y que vais á sacrificar á ese orgullo á vuestra muger, asi como queriais sacrificar vuestra querida á tan honroso capricho... Decid esto, caballero; y á lo menos tendreis para mi la buena cualidad de la franqueza.

RUG. Y vos, señora, decid que cansada de Saint Cyr, os acometió el muy natural deseo de ser libre, de tener un nombre, una posicion en el mundo... Tuvisteis la bondad de creer que yo podia daros todo eso.

CAR. ¡Vizconde!

RUG. Cosa en verdad que me lisongea, y os doy gracias porque me disteis la preferencia.

CAR. ¡Ah!

RUG. Pero como apareció en su verdadero valor el sentimiento que os ha hecho obrar de este modo, permitid que os diga, que aunque soy vuestra víctima, no soy tan incauto que no conozca vuestras intenciones. Quisisteis ser libre, ya lo sois; deseabais un nombre, teneis el mio; deseabais una fortuna, la mia es vuestra; quisisteis tener una posicion en el mundo, para todo el mundo menos para mi sereis la vizcondesa de Saint Herem. Ahora bien, señora, ese es mi cuarto, ese otro es el vuestro, esta pieza será un terreno neutral donde nos encontremos varias veces. ¿Eso era lo que deseabais, no es verdad? Ya estais satisfecha, ya sois feliz; yo no puedo hacer mas por vos: ahora permitid que me retire.

CAR. (*queriendo detenerle.*) Caballero!

RUG. (*haciendo una profunda cortesía.*) Señora... (*entrase en su cuarto.*)

ESCENA V.

CARLOTA.

Oh Dios mio! que es lo que acabo de saber! Es posible que el hombre que ayer me juraba tanto amor, proceda hoy conmigo de ese modo! Oh! bien conozco que mientras ha estado en este sitio, solamente mi orgullo y mi dignidad me han dado valor... pero ahora, ahora que estoy sola puedo llorar.

ESCENA VI.

CARLOTA, LUISA.

LUI. (*entrando y soltando la carcajada.*) Ay querida amiga, mi buena Carlota, que bonito se pone cuando se enfada...
CAR. Quién?
LUI. Mi marido... Mr. Dubouloy... imagínate que ha habido unos pasos... ¡ay! yo no sé lo que hubiera dado porque nos hubieras visto.
CAR. De veras?
LUI. La escena mas dramática que te puedes figurar: en fin, en su estado normal su rostro me ha parecido insignificante, pero cuando se enfada... ay querida! voy á hacer que se enfade muchas veces.
CAR. Pero porque ha sido..?
LUI. Yo no sé! Me ha hablado de una red que le habian tendido; de un matrimonio deshecho, de otro hecho; de la Bastilla, de un calabozo muy oscuro, de un pavo, de una botella de Burdeos; me dijo que yo tenia la culpa de todo, que era una vívora, que no tendria de él mas que el nombre... cosa que no me se importa mucho, porque ayer vi á ese señor por la primera vez y maldito si estoy enamorada de él.
CAR. Y sin embargo te has casado!
LUI. Toma! y qué habia de hacer? Yo no he ido á buscarle, él me dijo anoche que hacia mucho tiempo que me amaba, que me habia visto en misa, en las representaciones de Esther, y que se iba á morir de pesadumbre si no le correspondia. Ya ves, como yo tengo buen corazon, no he querido que ese pobre se muriera...y me he sacrificado... mira despues como me lo agradece... pero á mi nada me importa... haga lo que quiera.
CAR. Y no sientes haberte casado?
LUI. ¡Yo sentirlo!.. no querida, que me alegro mucho... Sabes que tiene una casa muy bonita: la he visto toda mientras salió esta mañana... Ya verás mi cuarto..... es delicioso ... Cuando comparo todo esto con las celdas de Saint Cyr!.. y luego cuantas comodidades... quise venir á verte... bajé y encontré su coche á la puerta... un coche escelente, sin escudo de armas, es verdad, pero no lo ha de tener todo... Di órden al cochero de que subiera por la calle arriba... Qué hermoso es Paris, querida, que hermoso es el Louvre, y las Tullerías. Cuántos coches! que ruido! que animacion! y tú me preguntas que si me alegro estar casada! Vaya si me alegro... y procuraria volver á hacerlo si no estubiera hecho.
CAR. (*suspirando.*) Ah!
LUI. Y á ti no te sucede lo mismo, no piensas como yo?
CAR. ¡Oh! yo, querida Luisa, soy muy desgraciada.
LUI. Tú desgraciada, Carlota, y por qué?
CAR. Porque yo le amo y él no me ama.
LUI. ¿Quién te lo ha dicho?
CAR. El mismo.
LUI. Y tú lo crees?
CAR. Pues no lo he de creer?
LUI. Mira, ayer decia que te adoraba y hoy que te detesta; una de las dos veces ha mentido; tú debes creer que ha sido hoy, porque asi te conviene creerlo.—Pero vamos á ver, por qué te aborrece?
CAR. ¡Oh! porque me acusa de una cosa horrible.
LUI. De qué?
CAR. Dice que todo lo que ha sucedido ha sido arreglado y convenido entre Mme. Maintenon y yo... Cree que he sido capaz de hacer...
LUI. Lo que yo he hecho. Querida amiga, es una grosería decir eso en mi cara.
CAR. ¡Oh Luisa!
LUI. Tranquilízate, yo me rio de eso.
CAR. Y yo lloro.
LUI. De que diferente modo vemos la vida. A ti que te importa? Tú le amas... y haces muy mal; la muger que ama pierde la mitad de sus ventajas. Y tú crees que le vas á enternecer llorando... ¿Los hombres gustan de vernos llorar, porque lisongeamos entonces su amor propio, y creen que efectivamente los necesitamos para ser felices. Vaya, vaya, esas son puerilidades...
CAR. Calla: aqui viene un criado de mi marido.

ESCENA VII.

Dichas, COMTOIS.

COM. Perdonad, señora vizcondesa, el señor conde de Mauleon pregunta por el amo, y tengo encargo de avisarle...
CAR. Nos retiramos. Que entre el señor conde de Mauleon. Ven, Luisa. (*vanse.*)

ESCENA VIII.

COMTOIS, *despues* EL DUQUE, *luego* RUGIERO.

COM. La señora está triste. Se conoce que ha sido un casamiento sin amor. (*abriendo la puerta.*) Entrad, señor conde.
DUQ. (*entrando.*) Y Saint Herem?
COM. Voy á decirle que está esperando el señor conde.
DUQ. No entrará nadie sin ser anunciado?
COM. Nadie, señor conde. (*sale Rugiero.*)
DUQ. Ah! ¿eres tú? (*vase Comtois.*)
RUG. He visto desde mi ventana el coche de V. A.
DUQ. Bien: y las cartas?
RUG. Aqui están, monseñor.
DUQ. Gracias, y la llave?
RUG. ¿La llave?.. ah... si... tomadla.
DUQ. Ya creo que no la necesitas, porque segun me ha dicho Mme. de Maintenon... ¡ah! te doy la enhorabuena por tu ventajoso casamiento.
RUG. Ahi verá V. A. lo que soy.
DUQ. Pero la amabas mucho?
RUG. Estraordinariamente, monseñor; estaba loco.

DUQ. ¡Como ayer no me digistes nada!
RUG. No sabia que lo iba á efectuar tan pronto. Perdóneme V. A.
DUQ. Y es bonita?
RUG. Mucho.
DUQ. Ah bribon! Ahora entiendo por qué no quieres venir á España:
RUG. Todo lo contrario, monseñor... y si V. A. persevera en la misma idea...
DUQ. ¡Como! despues del favor que me has hecho
RUG. Os pido el permiso de acompañaros.
DUQ. ¡Acompañarme! Es imposible; bien conoces las leyes de la etiqueta y sabes que el Rey designa las personas de la comitiva; pero puedes irte solo y nos reuniremos en Madrid.
RUG. Yo estaré en Madrid cuando llegue V. A.
DUQ. Bien.
RUG. Pero V. A. me permitirá que haga este viaje en compañia...
DUQ. De tu muger? Es justo.
RUG. No, monseñor. Mme. de Saint Herem es muy delicada de salud y se quedará en Paris; yo haré el viage en compañia de un amigo.
DUQ. Bien, preséntamele.
RUG. Es que debo prevenir á V. A. que es de incierta nobleza.
DUQ. Eso corresponde á d' Harcourt... conque quedamos en lo dicho... ¿vienes?
RUG. Si, monseñor.
DUQ. Cuanto me alegro: asi tendré con quien hablar de mi pobre Francia.
RUG. Y de las pobrecitas francesas, ¿no es cierto monseñor?
DUQ. Si, Rugiero, si... ¡ah!
RUG. Monseñor, ya sé á quien vá dirigido ese suspiro.
DUQ. Te engañas; no es á Mme. de Montbazon.
RUG. ¿No? ¿pues á quién?
DUQ. A... pero es inútil que lo sepas. En Madrid espero, Rugiero.
RUG. No faltaré, señor. (*vase el duque. Rugiero le acompaña hasta la puerta; y mientras que saluda al duque por la última vez, Dubouloy asoma la cabeza por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX.

RUGIERO, DUBOULOY.

DUB. Ya se ha marchado: Rugiero?
RUG. Calla! ¿estabas ahi?
DUB. Si, Comtois me ha dicho que estabas ocupado y me ha metido en tu gabinete. Conque, ¿qué resolvemos? He tenido una entrevista con Mme. Dubouloy, que la ha afectado en estremo; es verdad que yo he estado lleno de dignidad. Ahora estoy á tus órdenes.
RUG. Pues bien, amigo mio, nos marchamos.
DUB. Nos marchamos? Y á dónde? A que parte del mundo nos vamos?
RUG. Das la preferencia á alguna?
DUB. Yo, á ninguna... Deseo irme donde no esté mi muger... y me alegro de poder alejarme de la otra. Conque á dónde nos vamos?
RUG. A España.
DUB. ¿A España? Perfectamente... Siempre he tenido deseos de ver la España... Aquel es el pais de las aventuras, de los balcones, de las serenatas, de las veladas, de los amores románticos y de las sangrientas venganzas. Cuando nos vamos á España, amigo mio?
RUG. Dentro de una hora.
DUB. Muy bien.
RUG. Pues entonces, vuélvete á tu casa, arregla tus asuntos, asegura la existencia de tu muger como yo lo he hecho con la de la mia, y despues partimos, dejamos la Francia.

ESCENA X.

Dichos, CARLOTA *y* LUISA *que han oido las últimas palabras.*

CAR. ¿Partís?
DUB. Si señora, dejamos la Francia y puede que la Europa. Nos desterramos mi amigo el vizconde y yo. Contemplad vuestra obra, señoras.
CAR. Pero nos llevareis?
LUI. Iremos nosotras tambien.
DUB. De ningun modo, señora .. Vamos á hacer un viage... un viage de... de recreo.
LUI. Mr. Dubouloy, os juro que os habeis de acordar de esa palabra.
DUB. ¿Qué quereis decir, señora?
LUI. (*á Carlota.*) No te desesperes, amiga mia... Aqui estoy yo. A Dios, Mr. Dubouloy.
DUB. Me esplicareis, señora...
LUI. Caballero, tened la bondad de no seguirme.
DUB. Señora, os obedezco con singular placer. (*vanse: Luisa por el fondo, Dubouloy por la izquierda.*)

ESCENA XI.

RUGIERO, CARLOTA.

CAR. Oh, Dios mio! ¿qué es lo que por mi pasa? ¿qué haré? Oh Rugiero! ya veo que me aborreceis... pero todavia no creo que ese viaje...
RUG. Se vá á efectuar dentro de una hora.
CAR. Dentro de una hora!
RUG. Y á vos, señora, ¿qué os importa que me marche ó que me quede?
CAR. ¿Qué me importa decis? Y vos lo preguntais!
RUG. Si señora. ¿En qué puede interesaros mi ausencia ó mi presencia?
CAR. El titulo de esposa vuestra, que yo no he pedido, que vos me ofrecisteis, que yo recibi por órden de un poder cuya intervencion ignoraba, me concede á lo menos un derecho .. el de poder deciros hoy lo que ayer no me atrevia á dejar conocer... Si vos no me amais, yo os amo. Encerrada en Saint Cyr, apartada de toda sociedad desde mi infancia, sin haber conocido á mi madre, sin haber visto á mi padre mas que breves instantes, todo el amor que contenia mi corazon le puse en vos. Siempre desgraciada, sin apoyo, sin fortuna, todo lo esperaba de vos; érais noble, elegante, rico, favorito del Duque de Anjou, érais dueño de todos los bienes de la tierra, verdad es, yo solo tenia mi reputacion, y esa la sacrificaba huyendo con vos.
RUG. Ah! señora... con que ya sabiais...
CAR. Una doncella noble, tiene su palabra como un caballero... yo os juro que ignoraba...
RUG. Lástima es, señora, que os acusen las apariencias... y que me obliguen por temor de hacer un papel ridiculo ..
CAR. Y por eso sacrificais mi felicidad, mi vida?
RUG. Vuestra vida!

CAR. Si, si, yo os lo digo: moriré lejos de vos, yo os lo juro.

RUG. No, señora, vivireis y vivireis feliz... ¿qué necesita una muger para serlo? Ser jóven... vos lo sois; ser hermosa, ser rica, tambien lo sois. Entregad á vuestro notario este acto firmado por mí en donde os aseguro una honrosa existencia digna del nombre que llevais.

CAR. (*tomando el papel.*) Y me abandonais?

RUG. Si.

CAR Y me dejais?

RUG. Sin duda ninguna.

CAR. Ni os detiene mis súplicas ni os ablanda mi llanto; ¿no me veis? ¿no veis que estoy llorando?

RUG. Mi resolucion es irrevocable.

CAR. (*rompiendo el papel.*) Entonces para nada quiero esto.

RUG. Qué habeis hecho!

CAR. Desde el instante en que me dejais, en que me abandonais, en que solo tengo el nombre de esposa vuestra, no necesito ni vuestro palacio ni vuestras riquezas; necesito un convento y mil escudos de dote para poder entrar en él. Mme. de Maintenon buscará lo primero y pagará lo segundo... nada necesito de vos.

RUG. (*un tanto conmovido.*) Pero señora...

CAR. Basta, caballero: haced lo que gusteis, dueño sois de quedaros ó marcharos; pero yo tambien sé lo que tengo que hacer para cumplir mis deberes de esposa segun yo los comprendo, y los cumpliré. A Dios ¡oh! no me hableis una palabra... A dios. (*vase.*)

ESCENA XII.

RUGIERO *solo, despues* DUBOULOY.

RUG. Será verdad lo que dice..? Si efectivamente no habrá tenido parte en esa intriga! ¡oh! no, es imposible.

DUB. (*entrando.*) Aquí me tienes, amigo mio; aquí me tienes querido Saint Herem, lleno de oro y de letras de cambio, con mi silla de postas atestada de fiambres y vinos generosos para que nada nos falte en el camino, porque ya sé hasta que punto puede conducirnos el hambre y no quiero que nos espongamos... Estás ya corriente? ¿has visto á tu muger?

RUG. Si, y tú?

DUB. Yo tambien y nos hemos arreglado perfectamente.

RUG. Qué dejas á tu muger?

DUB. La dejo... la dejo mi nombre... y eso porque no se le puedo quitar.

RUG. Pero hombre...

DUB. Ese es mi carácter... Conque vamos?

RUG. Veo que tienes mas prisa que yo.

DUB. Toma... yo lo creo... ¿no ves que cuando menos lo piense puede echárseme encima la familia de la otra..?

RUG. Hasta que se sepa tu matrimonio no debes temer nada.

DUB. Si ya lo sabe todo Paris.

RUG. Como es eso?

DUB. Si, amigo mio, me acabo de encontrar al Baron de Bardanne, que me ha dado la enhorabuena y me ha encargado que te la dé á ti en su nombre.

RUG. A mi?

DUB. Y que todo Paris vá á venir con las mismas hostiles disposiciones.

RUG. Todo Paris?

DUB. Pero yo le he dicho que se iba á llevar chasco todo Paris, porque nos marchábamos; con que si quieres librarte...

RUG. Si, tienes razon; es preciso marcharnos al instante... Se han burlado de nosotros indignamente.

DUB. Indignamente... Titubear seria una debilidad.

RUG. Una cobardia.

DUB. Una cobardia... Conque...

RUG. Ven, ven, partamos. A España.

DUB. ¡A España! y asi me libro de dos mugeres. (*vanse por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en el palacio en el Buen Retiro.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE HARCOURT, UN UGIER.

UGIER. V. E. sabe que S. M. está siempre visible para el Embajador de Francia. Voy á prevenir al Rey que V. E. le está esperando. (*vase.*)

HAR. Sin duda Mme. Maintenon tiene formada una alta idea de mi capacidad, cuando me ha encargado tan importante comision.

ESCENA II.

EL REY, EL DUQUE.

REY. Mi querido Duque, habia jurado no ocuparme hoy de ningun asunto de politica, pero siendo vos...

HAR. Señor, no quiero que V. M. falte á tan sagrado juramento, y hoy por estraordinario vengo á hablarle de placeres y recreos.

REY. Enhorabuena, pero os advierto que no estais hablando con el Rey Felipe V sino con el conde de Mauleon; dejad á un lado el enfadoso titulo de magestad, y ayudadme á que olvide que soy Rey.

HAR. Sin embargo, el conde de Mauleon admitirá el tratamiento de alteza.

REY. Tampoco, llamadme monseñor, así recordaré aquel feliz tiempo en que era duque de Anjou. (*con familiaridad.*) Me dijisteis, duque, que veniais á hablarme de placeres.

HAR. Y vos me respondisteis que enhorabuena. Monseñor se va á casar...

REY. Con una princesa de Saboya; pero me parece, Duque, que si deseais agradarme, no es muy oportuno hablar en este momento de un casamiento por razon de estado.

HAR. Que quereis, monseñor; tengo la fatalidad de no saber aprovechar la ocasion de agradaros, y os ruego disimuleis.

REY. Vaya, decidme que quereis.

HAR. Queria pedir al conde de Mauleon permiso para presentar esta noche á dos señoras francesas que hace poco tiempo que han llegado recomendadas por lo principal de la nobleza.

REY. Precisamente, querido duque, aqui viene nuestro maestro de ceremonias; vamos á arreglarlo todo con él.

ESCENA III.

Dichos, RUGIERO.

RUG. (*deteniéndose en la puerta.*) Perdonad, señor, perdonad señor Duque; yo creia que la politica no podia entrar esta noche en el Buen-Retiro. Sino es asi...

REY. No, mi querido Saint-Herem... el Duque queriendo complacerme, ha olvidado al entrar en palacio los negocios de estado, y venia á anunciarme dos señoras que tienes que incluir en la lista.

RUG. (*sacando una lista.*) ¿Como se llaman, señor duque?

HAR. (*acercándose al Rey.*) Permitireis, monseñor, que hasta nueva órden guarden el incógnito?

REY. De muy buena gana. (*á Rugiero.*) Es suficiente que las presente el Duque.

RUG. Ah!

REY. Decidme, son por ventura dos damas que estaban ayer en el teatro?

HAR. En mi palco bajo?

REY. Si... ¡oh! son encantadoras...

HAR. Monseñor las ha visto?

REY. Si, las estube mirando toda la noche, y á fe mia qué la princesa de los Ursinos se incomodó tanto que tuvimos ambos una querella capaz de fastidiar...

RUG. Ya lo ois, Duque, estais dispuesto á arrostrar el enojo de la princesa de los Ursinos?

HAR. Que quereis, señor Vizconde. . es indispensable.

RUG. No retirais vuestra demanda?

HAR. De ningun modo: y si es menester, solicitaré nuevamente...

REY. El señor duque de Harcourt sabe, que no tiene mas que pedir una vez las cosas posibles, y dos veces las imposibles... Saint Herem, te recomiendo esas dos damas.

HAR. Mil veces gracias, monseñor.

REY. ¿Vais con ellas á la sala de recibo?

HAR. Si, monseñor.

REY. Pues bien, señor duque, apenas teneis tiempo para ir por vuestras protegidas y volver; os prevengo que á las doce en punto nos sentamos la mesa.

HAR. No perderé un momento. (*saluda y vase.*)

ESCENA IV.

EL REY, RUGIERO.

REY. Y bien, señor encargado, tendremos sarao soirèe.

RUG. *Soirèe*, señor, un *soirèe* tan francés que el señor Conde de Mauleon creerá que se halla en Fontainebleau ó en Versalles.

REY. Si lo haces asi, Saint Herem, te elevaré á alta clase de grande de España.

RUG. Y Dubouloy queda nombrado baron?

REY. Oh eso es mas dificil.

RUG. Me parece que tan dificil es uno como otro.

REY. Qué quieres decir?

RUG. Quiero decir, señor, que el Rey de España acaba de ofrecerme lo que hace algun tiempo me tenia prometido y hasta ahora...

REY. Qué prisa tienes?

RUG. Si señor, deseo obtener esa gracia, pero haciéndome digno de ella. Os confieso que me es muy sensible no servir al Rey mas que de compañero en sus caprichos; yo quisiera poder hacer algun servicio á la monarquia Española.

REY. Bien, Saint Herem, apenas tenga ocasion..

RUG. Hoy la teneis, monseñor. Un tratado de alianza se va á firmar en el Haya, entre el Emperador, el Rey de Inglaterra y las Provincias Unidas... Alli necesitais un hombre adicto...

REY. Si, si, verdad es... pero en un asunto tan grave... tengo que consultar al consejo... Yo te prometo... en fin, ya veremos. Una cosa me ocupa solamente en ese instante; dime, ¿tú no conoces á esas damas que me presenta el Duque?

RUG. No, monseñor.

REY. Oh son hechiceras... y si no recuerdo mal...

RUG. Qué?

REY. Creo que las he visto otra vez.

RUG. Tanto peor; porque el Rey reclamará la primacia.

REY. Ola... ya habias echado tus planes... y querias...

RUG. Despues de vos, señor.

REY. (*haciendo un movimiento para salir.*) Asi te quiero yo, respetuoso.

RUG. Quereis revisar la lista?

REY. No, tú respondes de todo... haz lo que te se antoje. (*vase.*)

RUG. Bien, yo soy responsable.

ESCENA V.

RUGIERO, UN UGIER, *despues* DUBOULOY.

RUG. (*al Ugier.*) Entregad esta lista á los ujieres que estén de servicio en la antecámara, y decidles que no entren mas que los que están ahí inscritos, y dos señoras que vendrán con el embajador de Francia. (*á Dubouloy que entra.*) Ah! eres tú, Dubouloy... y ya vestido?

DUB. Si, amigo mio. He venido corriendo, porque me han dicho que me iba á divertir.

RUG. Y dime, has sabido de tu muger?

DUB. No: he recibido una carta de mi padre.

RUG. Y qué te dice de nuevo?

DUB. Nada: no se ha calmado su cólera.

RUG. Ya se calmará.

DUB. Me escribe que está buscando el medio de anular el contrato, en que me señala cincuenta mil libras de renta, y que espera conseguirlo. . y empeñado en que es mentira lo de Saint Cyr.

RUG. ¡Qué terquedad! ¿Y la familia?

DUB. ¿Qué familia?

RUG. La familia de la otra.

DUB. Oh! amigo mio, no me hables de eso: pone el grito en el cielo. El padre, los hermanos y los tres primos se han puesto en camino para venir á buscarme. Figúrate que se precipitaron en masa sobre mi pobre casa, que nada les habia hecho... Cuando el criado les dijo que me habia marchado, no lo quisieron creer, forzaron las puertas, registraron por todas partes, hasta debajo de la cama... Eran seis, amigo mio, tenia que haberme batido con seis, solo de Paris, que luego faltaban los de todo el reino. ¿Y tu has recibido noticia de tu muger, de sus hermanos, primos ó sobrinos?

Rug. No: Carlota no tiene parientes.
Dub. Hombre, qué felicidad. Pero siempre has de salir bien?
Rug. Si, efectivamente.
Dub. Tienes razon... se me habia olvidado... el rey de Francia... sigue furibundo?
Rug. Mas que nunca... que quieres, el que tiene por confesor á un jesuita, y por querida á una gazmoña beata, no perdona con facilidad.
Dub. Con que tus bienes...
Rug. Confiscados sin misericordia; y yo desterrado hasta que repare mis faltas de esposo, como reparé las de amante... ¡Oh! Mme. de Maintenon es tan terca como tu padre.
Dub. Pues qué, tú crees que Mme. de Saint Herem tiene la culpa?
Rug. Y quien la ha de tener? Ella, Dubouloy, ella la tiene. Y yo que ya me arrepentia del modo con que la habia tratado... yo que si hubiera conocido en ella alguna inclinacion hácia mi, hubiera sido el primero...
Dub. Yo no.
Rug. Sabes que desde que conocí á Carlota no hay una que me guste tanto como ella?
Dub. Pues á mi me han gustado todas mas que Mme. Dubouloy... y cuando recuerdo que me ha manejado como á un tonto... que me ha hecho perder mi empleo de repostero del Rey, y que es la causa de todos mis males... Pero ya van llegando los convidados.
Rug. Tienes razon. (*á un Ujier.*) Mi dominó... ah, seductor Dubouloy, se me olvidaba decirte que nos han llegado dos paisanas... dos francesas.
Dub. Y cómo se llaman?
Rug. No lo sé.
Dub. Quién las ha presentado?
Rug. El embajador de Francia.
Dub. Serán damas de alto copete.
Rug. Asi lo creo: de todos modos aqui viene el señor Duque de Harcourt y nos lo dirá.

ESCENA VI.

Dichos, EL DUQUE DE HARCOURT.

Har. ¿El qué os voy á decir, señores?
Rug. Quiénes son esas damas que habeis presentado al rey?
Har. Os buscaba espresamente para eso.
Rug. Espresamente?
Har. A fé mia.
Dub. Oh! sois muy amable, señor Duque.
Har. Sin embargo, la confidencia es demasiado séria para hacerla en medio de un baile.
Rug. Bah!... anda por medio la politica?
Har. Precisamente.
Dub. Con que esas señoras traen una comision?
Har. De las mas importantes.
Rug. Una importante comision confiada á la discrecion de dos mugeres? En verdad que es muy imprudente el gobierno que se la ha dado.
Har. Es que ellas lo ignoran.
Dub. Con que vienen aqui sin saber á qué vienen?
Har. Eso es.
Dub. Hombre, qué cosa tan chistosa!
Rug. Pero vos nos direis...
Har. Si, porque sois verdaderos amigos del rey Felipe V, ¿no es verdad? fieles vasallos del rey Luis XIV.
Rug. Sin duda ninguna.
Har. Pues bien; habeis de saber que el gabinete de Versalles mira con cuidado la enorme influencia que la Princesa de los Ursinos tiene con el jóven rey.
Rug. De veras?
Har. Y teme que la Princesa sirva á los intereses del Austria... comprendeis ahora?
Dub. ¡Ah!
Har. Y como él enamorado no hace caso de consejos, se ha resuelto...
Rug. Que el amor combatiera al amor?
Har. Justamente. Para eso han enviado al rey dos encantadoras mugeres; para que si se escapa de una caiga en manos de la otra.
Rug. Ay señor Duque: guardaos de que las mugeres comiencen á intrigar, porque de nad[a] serviria vuestra diplomácia; lo sé por esperiencia.
Har. Silencio... El rey...
Dub. ¿Con las dos señoras?
Har. Sí... Silencio.
Rug. ¡Oh!

ESCENA VII.

Dichos, EL REY, CARLOTA Y LUISA *enmascaradas.*

Har. (*adelantándose á ellas.*) Y bien, señoras, qu[é] decis del señor conde de Mauleon?
Lui. Que ya habiamos oido hablar de él en Francia, y que celebramos encontrar en Madrid u[n] compatriota.
Rey. Gracias, bella máscara. (*á Carlota.*) Y [tú] encantador dominó, no tienes nada que decirme?
Car. Yo, señor conde, os doy mi parabien por [el] gusto que habeis tenido en el arreglo y disposicion del sarao.
Rey. Duque: os doy gracias por el regalo que m[e] habeis hecho. (*el duque saluda para retirarse.*) No os marcheis, tengo que hablaros.
Car. y Lui. (*dejando el brazo del Rey.*) Señor...
Rey. Por un momento nada mas, señoras. Sai[nt] Herem, Mr. Dubouloy, dad el brazo á estas señoras, y sobre todo no seais tan galantes q[ue] vayais á hacer mal tercio al conde de Mauleo[n]. (*habla bajo con ellas.*)
Dub. (*á Rugiero que se dirige á Carlota.*) Amigo mio, amigo mio, déjame la alta, á ti te es igual, ya sabes que no me gustan las bajas.
Rug. Como quieras, me es indiferente. (*da[n el] brazo á Luisa, Dubouloy á Carlota.*) Señora[s], si quereis admitirnos por caballeros...
Lui. Con mucho gusto.
Car. Caballero... (*cada pareja se va por distint[as] puertas.*)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, EL REY.

Rey. Y bien, mi querido duque?
Har. Y bien, monseñor?
Rey. Son hechiceras... Ahora decidme, ¿cómo [se] llaman?
Har. Me han prohibido revelar su nombre.
Rey. A qué vienen á Madrid?
Har. Todo el mundo debe ignorarlo.
Rey. ¿Y dónde viven?
Har. Es un misterio.
Rey Para mi tambien?

HAR. Todos los hombres son iguales delante de un secreto.

REY. Es verdad, duque; pero si vos no podeis revelar ese secreto, el conde de Mauleon puede descubrirle.

HAR. El conde de Mauleon, es noble, jóven y galan, sirvase pues de los dones que ha recibido de la naturaleza y de la Providencia.

REY. Si, de ellos me serviré, duque, y cuando sepa su nombre, cuando sepa las señas de su casa, solo pediré el permiso de presentarme en ella.

HAR. Yo creo que un rey no necesita esa formalidad.

REY. La necesita, duque, cuando es nieto de Luis XIV; ademas, que yo soy el conde de Mauleon.

HAR. Se hará como monseñor lo desea. (*siguen hablando bajo. – El duque se inclina y vase.*)

ESCENA IX.

REY, *al fondo*; CARLOTA *y* DUBOULOY *por un lado.*

CAR. No, no os creo Mr. Dubouloy.

DUB. Yo os protesto, señora, que digo la verdad.

CAR. Como quereis que crea en las protestas de amor de un hombre casado?

DUB. Oh! lo soy tan poco!

REY. (*acercándose.*) Perdona, hermosa máscara: aunque está muy animada vuestra conversacion; necesito recordarte que tengo que continuar la que dejé pendiente contigo... me permitis, Mr. Dubouloy?

DUB. Señor. . (*bajo.*) ¿os volveré á ver?

CAR. Os quedais aqui?

DUB. No me moveré de este sitio.

CAR. Yo vendré á buscaros.

REY. (*dando el brazo á Carlota.*) Y bien, hermosa máscara, qué te parece Madrid?

CAR. Muy bien, señor: preveo que me va á suceder en él algo bueno. (*vanse.*)

ESCENA X.

DUBOULOY *solo*, *luego* RUGIERO.

DUB. Que la va á suceder algo bueno!.. y me ha mirado al decirlo... ¿Si seré rival del rey?.. (*á Rugiero que entra por el fondo.*) Ola... eres tú?

RUG. Si.

DUB. ¿Qué has hecho de tu pareja?

RUG. El rey la reclamó.

DUB. Y la mia tambien.

RUG. Pero me ha citado en este salon.

DUB. A mi lo mismo.

RUG. Y qué me dices?

DUB. De quién? de mi pareja?

RUG. Si.

DUB. Querido, es una divina muger... de talento, de buen carácter y de amena conversacion. Y la tuya?

RUG. Todo lo contrario... es sencilla, sentimental como una colegiala acabada de salir del convento.

DUB. Huy! no me hables de colegialas que salen del convento, porque me recuerdas mi muger. Pero vamos á otra cosa; tú crees que es bonita?

RUG. Yo si, á lo menos por lo que he podido ver por debajo de la careta. Una barba muy bonita, unos dientes blanquisimos, y ademas dos ojos como dos luceros. Y la tuya?

DUB. Un cutis finisimo, una mano para volver loco á un escultor, un cuello de cisne; por lo que toca al rostro ya lo veremos, porque me ha dado palabra de descubrirse antes de que se concluya el baile.

RUG. Y á mi tambien.

DUB. Hombre... qué aventuras! Tú que te has tratado con gente de pró, dime, no calculas quien puede ser?

RUG. No, á fé mia. He procurado recordar todos mis conocimientos de Paris, Compiegne, Fontainebleau, Versalles y Marly, y no he encontrado...

DUB. Calla, que son ellas. (*Carlota y Luisa aparecen en la puerta del fondo.*)

ESCENA XI.

Dichos, CARLOTA, LUISA.

RUG. (*dirigiéndose á Luisa y trayéndola al proscenio mientras Dubouloy se queda con Carlota al fondo.*) Oh! señora, con que fidelidad cumplis una promesa hecha en un baile de máscaras.

LUI. (*con sentimiento.*) Una promesa es siempre una promesa, y hágase con careta ó con el rostro descubierto, se debe cumplir siempre.

RUG. Aprecio, señora, esos principios.

LUI. Los apreciais, pero no los observais.

RUG. (*volviendo la espalda al público.*) ¿Y quién os ha dicho...

LUI. Os conozco mejor de lo que pensais, vizconde. (*Rugiero y Luisa se alejan. Dubouloy y Carlota se van acercando.*)

CAR. Pues si es asi por qué no os volveis á Paris?

DUB. Es inútil si encuentro en Madrid francesas que me amen.

CAR. Y ademas, porque podriais encontrar en Paris francesas que os aborrecieran.

DUB. Qué quereis decir?

CAR. Bueno sois, Mr. Dubouloy. Firmais un contrato de matrimonio con una, al mismo tiempo que robais á otra; os están esperando en Charny para efectuar vuestro matrimonio, y vos en la Bastilla os casais con otra. Antes de de ayer abandonais á la que iba á ser vuestra muger, ayer á la que efectivamente lo era, y hoy venis á decir que la adorais á otra que ni lo es ni puede serlo? ¿Quién quereis que crea en vuestro voluble amor? ¿Quién quereis que se fie de vuestros juramentos? ¡engañador!

DUB. Ola, ¿con qué sabeis todos esos pormenores, bella dama?

CAR. Venimos de Paris donde no se habla mas que de Mr. Dubouloy y del vizconde de Saint Herem. (*dirigiéndose al fondo.*) Y nosotras que no teniamos el gusto de conoceros, y que deseábamos ver á dos hombres tan estraordinarios, hemos venido á Madrid espresamente para veros.

DUB. Espresamente?

CAR. Si tal.

DUB. Y habeis ido á incomodaros... (*siguen hablando.*)

LUI. (*volviendo á aparecer con Rugiero.*) No me digais eso, yo sé que aborreceis los amores

platónicos, y nosotras las mugeres sentimentales necesitamos una verdadera pasion, no un leve capricho.

Rug. Os engañais, señora; todo lo contrario; yo adoro á las mugeres sentimentales.

Lui. Ay vizconde, si hubiera sido asi, la señorita de Merian os convenia bajo todos conceptos.

Rug. ¿Y quién os ha dicho que no la amaba, señora? Quién os ha dicho que su imágen no se presenta frecuentemente á mi imaginacion? Quién os ha dicho que no necesito que un nuevo amor venga á curar mi pasion?

Lui. Os doy gracias, caballero, porque me tomais como remedio á vuestros males.

Rug. No, pero creo que para olvidar á una muger amable, no se necesita mas que una muger encantadora: no veo en esto nada que pueda mortificar vuestro amor propio, y esto es lo que me alienta á solicitar el honor de presentaros mis respetos.

Lui. Pues bien... ya veremos... despues...

Rug. Pero para poder aprovecharme de ese permiso necesito que me digais donde vivís.

Lui. En la calle de Alcalá, número 15.

Rug. Preguntaré ..

Lui. Por Mme. de Folmont. (*continùan hablando bajo. Dubouloy y Carlota vuelven á aparecer.*)

Dub. Con que...

Car. En la calle de Alcalá, número 15.

Dub. Y pregunto...

Car. Por Mme. de Saint Real.

Dub. Ahora permitid que encantado de vuestra amabilidad, pueda contemplar, aunque no sea mas que por un instante, á la seductora muger que me ha tenido fascinado toda la noche.

Car. (*á Dubouloy.*) ¿Con que lo deseais tan vivamente?

Lui. (*á Rugiero.*) Lo exigis?

Dub. Os lo ruego.

Rug. Os lo suplico.

Lui. (*quitándose la careta.*) Mirad: estais contento?

Car. (*quitándose la careta.*) Vaya, estais satisfecho?

Rug. ¡Mme. Dubouloy!

Dub. ¡Mme. de Saint Herem! (*vuélvense rápidamente Dubouloy á Rugiero, y Rugiero á Dubouloy, mientras que Carlota y Luisa desaparecen por la puerta lateral mas cerca.*)

ESCENA XII.

Rugiero, *acercándose á* Dubouloy, *que se acerca á* Rugiero.

Rug. Amigo mio... (*todo esto á un tiempo.*)

Dub. Amigo mio...

Rug. Es ella.

Dub. Es ella.

Rug. Luisa.

Dub. Carlota.

Rug. Carlota... ah!

Dub. Luisa... ah!

Rug. A qué vienen aqui?

Dub. A qué vienen aqui?

Rug. Pero no nos lo ha dicho el duque de Harcourt?

Dub. Verdad es.

Rug. A destruir la influencia de la princesa d[e] los Ursinos; qué infamia! (*aparece el Rey.*)

Dub. ¡Qué picardia!.. El Rey.

Rug. Silencio.

ESCENA XIII.

Dichos, el Rey.

Rey. Y bien señores?

Rug. y Dub. Monseñor.

Rey. Habeis sabido algo de nuevo?

Rug. De qué?

Dub. De qué?

Rey. De esas dos damas, habeis estado habland[o] una hora con ellas.

Rug. ¡Oh! cosas indiferentes!

Dub. Y que no ofrecen ningun interés para vo[s] monseñor.

Rey. Pero à lo menos las habreis visto?

Rug. No.

Dub. No.

Rey. Han rehusado quitarse la careta?

Rug. Si.

Dub. Si.

Rey. Sabeis donde viven?

Rug. Lo ignoramos completamente.

Rey. Pero os han dicho su nombre?

Dub. Tampoco.

Rey. Oh! que torpe sois. Yo no he estado c[on] ellas mas que diez minutos...

Rug. y Dub. Y bien.

Rey. He conseguido mas.

Rug. Monseñor sabe cómo se llaman?

Rey. La mas alta se llama Mme. de Saint Real.

Dub. Y la otra?

Rey. Mme. de Folmont. Viven en la calle de [Al]calá, número 15. Oh! no lo olvidaré, porq[ue] un instante ha bastado para apreciar todas [las] gracias de esas dos francesas; la mas ame[na] conversacion, el mas despejado talento... luego una coqueteria tan nueva, tan origin[al] tan brillante... es para volverle á uno el j[ui]cio... Saint Herem.

Rug. Monseñor.

Rey. Ven á hablarme mañana por la mañana [á] las once.

Rug. Está bien, Monseñor.

Rey. Que no faltes, por tí no voy á recibir [el] consejo. Tengo que hablarte de cosas muy i[m]portantes. Vamos á hablar de ellas...

Rug. Ah! de ellas.

Rey. Si, porque estoy loco de enamorado. Ha[sta] mañana Saint Herem. (*vanse.*)

ESCENA XIV.

Rugiero, Dubouloy.

Dub. Está loco de enamorado, amigo mio.

Rug. Pardiez! bien veo... pero de cuál de [las] dos será?

Dub. Eso es... ¿quién será la víctima? Seré yo

Rug. O seré yo.

Dub. Ya verás, amigo mio, como nuestra bu[ena] suerte quiere que seamos los dos.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO TERCERO.

Una sala en la calle de Alcalá. A la derecha del espectador una ventana con vistas á un jardin. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

RUGIERO, UN CRIADO.

RIADO. Mme. de Saint Real ruega al señor vizconde que tenga la bondad de esperar un instante.

UG. Está bien. (*vase el criado.*)

ESCENA II.

RUGIERO.

¡Mme. de Saint real! No es malo que no haya tenido el descaro de presentarse aqui con mi nombre... Tengo deseo de saber lo que me va á decir... y yo ¡pobre hombre! que habia imaginado ser verdadero el profundo dolor en que crei haberla dejado..! si ha sido sincero, tambien ha sido de corta duracion... ¡Ah! oigo pasos... ¡ella es!

ESCENA III.

RUGIERO, CARLOTA.

AR. Caballero... he sabido que deseábais hablarme y me he apresurado á venir...

UG. Con que sois vos, señora?.. Porque os lo confieso; á pesar de lo que me ha dicho Mme. Dubouloy... todavia lo dudaba.

R. Hicisteis mal en no creerlo. Tomad asiento.

UG. Oh, esa es demasiada bondad... Voy á estar muy poco tiempo en esta casa... únicamente el que emplee en preguntaros el motivo por qué os encontrais en Madrid con otro nombre, cuando yo os creia en Paris en vuestro palacio en la calle del Bac.

R. Y yo os voy á responder, que he venido á Madrid, porque he tenido ese capricho, porque tal ha sido mi deseo, y no creo que tenga que pedir permiso á nadie, porque soy libre.

G. Paréceme, sin embargo, señora, que hay en el mundo un hombre á quien debiais haber consultado antes de dar ese paso.

R. No os entiendo... ¿de quién hablais?

G. De quién hablo..? de Mr. de Saint Herem, de vuestro marido... de mí.

R. (*en el mayor asombro.*) Mr. de Saint Herem..! mi marido..! vos..! entonces ignorais lo que ha sucedido?

G. Qué puede haber sucedido que os aparte de la obediencia que me habeis jurado, y del respeto que debeis tener á mi nombre?

. Recordais, caballero, que me abandonasteis?

G. Si señora, lo recuerdo.

. Recordais que cuando me ofrecisteis guardar vuestro nombre, disfrutar de vuestra fortuna, y habitar en vuestro palacio, os dije... Solo necesito un dote y un convento?

G. Si, señora, y ya veo cómo habeis dado cumplimiento á vuestra resolucion.

. Aquel mismo dia me arrojé á los pies de Mme. Maintenon y la supliqué que me recibiera en las Carmelitas. Mas para entrar en el convento, era necesario decirla la causa que motivaba mi resolucion .. era necesario decirla que me habiais abandonado... Sin haber sido vuestra muger era vuestra viuda... era indispensable decirla que nunca me habiais amado.

RUG. Al hecho, señora, al hecho.

CAR. Tranquilizaos, no creais que son reconvenciones mis palabras, no os las hice entonces, mucho menos os las haria ahora. Mme Maintenon me aconsejó que desistiera de mi intento... me dijo que no debia sepultarme en un convento, porque era justificaros á los ojos del mundo y dar á entender que yo habia cometido alguna falta; que lo que necesitaba era habitar en sociedad, presentarme con la frente erguida en todas partes.

RUG. Y Mme. Maintenon tenia razon, señora; cuando una persona tiene vuestro talento, vuestra juventud, vuestra hermosura... no solamente necesita la sociedad, necesita la corte... pero lo que me estraña es que habiendo tantas cortes en el mundo, hayais elegido precisamente la de España, donde no os debiais presentar sin mi permiso.

CAR. Dejadme acabar, y vereis como es absolutamente igual que me presente en la corte de Madrid ó en otra cualquiera.

RUG. Os confieso, señora, que no os comprendo.

CAR. Pronto me comprendereis. Al dia siguiente, Mme. Maintenon me hizo subir en su coche, me condujo á casa de su Eminencia, el nuncio del Papa, y pidió que se anulase nuestro matrimonio.

RUG. ¡Qué se anulase nuestro matrimonio!

CAR. Y su Eminencia escribió al instante á su Santidad; como el asunto habia sido recomendado por el Rey con tanto empeño, al correo siguiente Mme. Maintenon recibió el breve.

RUG. Que declaraba nulo nuestro matrimonio?

CAR. Si Señor... sed feliz... sed libre, pero yo tambien puedo disfrutar, sino de la felicidad, de la libertad.

RUG. Entonces, señora, ya comprendo... Sois libre... enteramente libre... pero me estraña mucho que hayais querido gozar de vuestra libertad en la córte de S. M. C. el Rey D. Felipe V.

CAR. Sabia por ventura yo que estábais en ella? ¿Me dijisteis dónde os marchábais ¿Y desde que os marchásteis, he sabido de vos?... Además, debo decíroslo; he venido á España porque asi me lo ha mandado Mme. Maintenon. Una mañana me dijo que era indispensable que viniera á Madrid; me dió una carta cerrada, cuyo contenido ignoraba, para el señor duque de Harcourt, hace cuatro dias que llegamos, antes de ayer estubimos en el teatro en el palco del embajador, ayer fuimos presentadas al rey; Luisa y yo ignorábamos que estubieseis en el Retiro... os vimos, pero no tuvimos intencion de hablaros: el Rey os mandó que nos acompañáseis... nos rogásteis que nos quitásemos la máscara, y como no teniamos ningun motivo para ocultarnos, accedimos á vuestros deseos. Bien sabia que del encuentro de por la noche resultaria una entrevista por la mañana, una entrevista indispensable... Yo ni la he solicita-

do ni la he negado... pero debo confesar que la esperaba... Vos me la pedisteis, yo os la concedí; deseais alguna cosa mas, hablad, y si puedo complaceros, lo haré con sumo placer... Nunca olvidaré que he tenido el honor de llevar vuestro nombre, muy poco tiempo, es verdad, pero el suficiente para que sienta toda mi vida el haberme visto obligada á no usarle.

RUG. Señora... os escucho...

CAR. Si no me creeis... preguntad al señor duque de Harcourt.

ESCENA IV.

Dichos, LUISA.

LUI. Con vuestro permiso. caballero. (*habla ap con Carlota.*)

CAR. Está bien.

LUI. Conque vas á venir?

CAR. Ahora mismo, como Mr. de Saint Herem no tenga que decirme otra cosa.

RUG. Oh señora, no creais que tenga la mala intencion de deteneros, ya adivino ..

CAR. No sé que quereis decir? Es el duque de Harcourt que pregunta si puedo recibirle.

RUG. El duque de Harcourt... oh .. si... si... ya sé... ¡como estais bajo la proteccion del duque de Harcourt!.. No os quiero detener, señora... y... yo... mismo... iré... debo...

CAR. (*haciendo una cortesía.*) Caballero...

RUG. Señora... me retiro... y no me tomaré la libertad de volver á presentarme; fuera hacerlo, en mi, una indiscrecion.

CAR. De ningun modo... podeis venir cuando gusteis; yo tendré un gran placer en recibir en mi casa á un compatriota. (*Carlota y Luisa saludan y se retiran.*)

ESCENA V.

RUGIERO.

Bien... mi muger, que no es mi muger, me permite presentarme en su casa .. A fé mia que su Santidad ha cumplido mis deseos... ya soy libre.

ESCENA VI.

RUGIERO, DUBOULOY, UN CRIADO.

CRIADO. (*anunciando.*) Mr. Dubouloy.

RUG. Por qué casualidad?

DUB. Hombre, me imaginé encontrarte en esta casa... como no estabas en la tuya..

RUG. Trae esa mano, amigo mio, y dame la enhorabuena.

DUB. (*espantado.*) Pues qué... no es la tuya la que el Rey... Conque quiere decir que es la mia?

RUG. No es eso... nada me importa ahora, que el Rey se dirigiese á Carlota.

DUB. No comprendo una palabra.

RUG. Amigo mio, soy libre. Carlota no es mi muger... El Papa, ah! que buen Papa, ha anulado mi matrimonio

DUB. ¡Santo varon! Mi querido Saint Herem, te doy cordialmente la enhorabuena... pero... tú dices que el Papa ha anulado tu matrimonio?

RUG. Si.

DUB. Pues entonces quiere decir... que el mio... mi matrimonio... como nos casaron juntos, tambien nos habrán descasado juntos.

RUG. Probablemente.

DUB. Y cómo no te has informado de ello, egoista?

RUG. Es inútil, no debes dudarlo.

DUB. Por supuesto... eso seria la injusticia de las injusticias... Con que ya somos libres?.. Con que soy soltero..? Conque puedo escribir á mi padre que es ya infundada su cólera?.. ¡ah! ya comprendo el motivo del cambio de nombre... ay Dios mio... Si S. M.... á propósito de magestad, ¿has ido á ver al Rey?

RUG. Tienes razon, pues lo habia olvidado.

DUB. El rey te espera á las once... (*mirando el reloj.*) Y van á dar las doce.

RUG. ¿Estás seguro?

DUB. Y tanto... como que es el famoso regalo de mi padre... no ha discrepado dos minutos desde aquella terrible noche.

RUG. Pero tú te quedas?

DUB. (*sentándose.*) Si, querido; me quedo porque estoy deseando tener una esplicacion con la señorita Luisa Mauclair, y saber de su linda boca si nos han devuelto mútuamente nuestra libertad. Ve á ver al Rey, amigo mio, ve, y por curiosidad procura saber cuál de las dos ha sido la que ha cautivado su corazon.

RUG. Si, si, y como ya ningun interes tenemos con ellas... ¡oh! cómo nos vamos á divertir.

DUB. ¡Oh! como nos vamos á divertir.

RUG. Hasta luego, Dubouloy. (*vase.*)

ESCENA VII.

DUBOULOY.

Estraña cosa en verdad, ver el poder que tienen cinco letras reunidas de cierto modo ¡libre! esas cinco letras han variado el aspecto de las cosas. ¡Oh ahora respiro con una facilidad... ah! libre...! soltero...! (*respirando.*)

ESCENA VIII.

DUBOULOY, LUISA.

LUI. Ah! sois vos?

DUB. Señorita...

LUI. Me alegro mucho de veros, M. Dubouloy.. y os agradezco que hayais venido á hacernos una visita.

DUB. (*saludando.*) Señorita...

LUI. Sentaos... yo os lo ruego.

DUB. Con mucho gusto.

LUI. No creia volver á veros.

DUB. Y por qué, señorita..? Bien debiais conocer que al saber que estábais en Madrid, me apresuraria...

LUI. A marchar á Francia... Oh! ya conozco vuestro caracter, M. Dubouloy.

DUB. Veo que haceis alusion... pero las circunstancias han variado. (*ap.*) No responde. (*alto.*) Como ya no estamos en la misma posicion.... (*ap.*) Y se calla! (*alto.*) Ya comprendeis que no tengo motivo para... ¡Que hermoso pais es la España, no es verdad, señorita?

LUI. Oh! muy hermoso... qué galanes caballeros que encantadoras mugeres.

DUB. Oh! si, no se les puede negar á las españolas... pero donde está una francesa, donde estais vos...

LUI. Ay Mr. Dubouloy... yo no os conozco; que galante os habeis vuelto.
DUB. Si, apenas me conoceis!... pero ahora espero, señorita, que nos veremos mas á menudo... Os vais á quedar en Madrid?
LUI. Si, el Rey ha sido tan bueno con nosotras...
DUB. El Rey ¿eh? ¡oh! que buen señor es el Rey, ¿no es verdad? Es el hombre mas elegante, el mas cortés del Reino.
LUI. Y el mas galan, estoy cierta de ello.
DUB. Ah! habeis esperimentado su galanteria?
LUI. Y mucho.
DUB. Asi hace con todas las mugeres, cuando son hermosas; eso no os debe asombrar, señorita.
LUI. Perdonadme, Mr. Dubouloy, pero he notado que desde el principio de nuestra conversacion habeis cometido el error de llamarme señorita.
DUB. ¿Decis que he cometido el error?
LUI. Sin duda, os habeis olvidado de que cierta noche, en la Bastilla, me hicisteis el honor de tomarme por esposa?
DUB. Y vos, señorita, os habeis olvidado de cierto breve que ha llegado de Roma?
LUI. Qué breve?
DUB. El breve del Papa.
LUI. Qué Papa?
DUB. Qué Papa!... ¿qué Papa ha de ser? el Papa... el Padre santo, su Santidad. Cuántos Papas tiene la iglesia?
LUI. Ah! si.
DUB. Gracias á Dios.
LUI. El breve que anula el matrimonio de Mr. de Saint Herem y de Mlle. de Merian.
DUB. Pues!
LUI. Pero qué tiene que ver?...
DUB. Cómo, que tiene que ver!
LUI. Yo no os comprendo.
DUB. Como que no me comprendeis?
LUI. No.
DUB. Cómo que no? Pues qué, no estamos comprendidos en el mismo breve?
LUI. No.
DUB. Pues qué, no se solicitó lo mismo para nosotros?
LUI. Si.
DUB. Pues entonces... (*ap.*) Estoy temblando.
LUI. Pero el Papa respondió, que esos rompimientos eran buenos para gente noble, porque podian tener para ello graves motivos, bien sea por su respectiva posicion, bien sea por sus caractéres... y que no teniendo nosotros las mismas circunstancias, nuestro matrimonio...
DUB. Nuestro matrimonio...
LUI. Nuestro matrimonio no ha sufrido la menor alteracion.
DUB. Nuestro matrimonio no ha sufrido la menor alteracion! (*tomando el sombrero.*) Bien debeis comprender, Señorita, que desde el mismo instante en que he llegado á saber que tengo el honor de estar hablando con Mme. Dubouloy.
LUI. Qué!
DUB. ¿Qué?... ¿qué? que me marcho.

ESCENA IX.

Dichos, RUGIERO.

RUG. (*entrando.*) Y bien, amigo mio?
DUB. Victima, amigo mio, victima como siempre.
RUG. Sigues casado?
DUB. Si, si! Y tú has visto al Rey?
RUG. Si.
DUB. Y qué tal?
RUG. Querido Dubouloy, ahora mas que nunca me alegro que mi muger no sea mi muger.
DUB. Vaya!... del mal el menos... á Dios, amigo mio... á Dios, señorita.
LUI. Señora...
DUB. Señora...
LUI. Hasta despues, caballero. (*vase Dubouloy.*)

ESCENA X.

LUISA, RUGIERO.

RUG. Decidme, podré hablar á Mme. de Saint Herem?
LUI. Quereis decir á Mlle. de Merian.
RUG. Verdad es... ya me olvidaba...
LUI. Por ahora es imposible.
RUG. (*ap.*) Está esperando al Rey.
LUI. Pero me podeis decir á mi lo que tengais que decir á Carlota.
RUG. No, tengo que hablar con ella, con ella precisamente.
LUI. Bueno, volved despues... esta tarde... mañana.
RUG. Es que de aqui á mañana puede suceder...
LUI. ¿El qué?
RUG. Pueden suceder cosas...
LUI. Nada tememos, Vizconde; ¿quién se ha de atrever á nada estando bajo la proteccion del Rey?
RUG. Esa proteccion es la que temo cabalmente.
LUI. Celos, Vizconde!
RUG. Yo celoso!... y por qué?... de ningun modo... pero advertid que ha llevado mi nombre.
LUI. Os acordais un poco tarde.
RUG. Sin embargo... me parece...
LUI. Y qué os puede importar lo que suceda á una muger que abandonásteis á las doce horas de casaros con ella, que dejásteis en Paris, sin ningun apoyo, sin ninguna proteccion, abandonada á sí misma, y sin saber si el casamiento de la Bastilla fue preparado por ella ó por otra persona?
RUG. Por otra persona decis..? Acabad.
LUI. No pudiera suceder que otra colegiala hubiese revelado á Mme. Maintenon ..
RUG. Vos sin duda... (*con viveza.*)
LUI. Si señor... yo misma. Yo os juro que Carlota lo ignoraba todo; á saberlo, nunca hubiera consentido en ello... ¡Pobre Carlota!
RUG. Bien... concedo que me he portado mal con ella; pero Mme. de Saint Herem se ha desquitado tomando una venganza poco noble. A quien debo, decid, que mis bienes sean confiscados?... A quien debo el estar desterrado de Francia?
LUI. No teneis razon en nada. El duque de Harcourt está encargado de noticiaros que teneis abiertas las puertas de Francia, que se ha alzado el secuestro de vuestros bienes; ¿y á quién debeis todo esto?
RUG. A quién se lo debo?
LUI. A ella.
RUG. (*asombrado.*) ¡A Carlota!
LUI. Si, á Carlota, ingrato... á ella sola. Se arrojó á los pies del Rey; rogó, suplicó, y lo que

nadie pudo obtener de S. M., ella lo obtuvo con sus reiteradas súplicas y su llanto.

Rug. (*con ironia.*) Conque es decir que nuestro matrimonio no está anulado?

Lui. Oh que equivocado estais. Por devolveros vuestros bienes, por hacer vuestra felicidad, consintió Carlota en dar un paso que la hacia desgraciada por toda su vida.

Rug. ¡Oh! si me hubiera amado de veras, ese sacrificio hubiera sido superior á sus fuerzas.

Lui. Si os hubiera amado! Ya os comprendo... Vuestra vanidad necesitaba una eterna desesperacion... Necesitaba ver á Mme. de Saint Herem sepultada ya en la oscura celda de un claustro, ya bajo la piedra funeraria de la tumba, para que se aumentára vuestra reputacion en ese mundo cortesano... y os ha disgustado completamente el ver á Mlle. de Merian, libre, feliz y consolada. Poco ha faltado para que se cumpliera vuestro deseo... pero felizmente, gracias á su mentor, que os ha desengañado... Si, gracias á mi, ha sucedido todo lo contrario.

Rug. Señora, si es verdad lo que me decis, permitid que la hable, que la vea al momento. Cuanto mas me convenza de que tiene razon, mas se aumenta mi deseo de pedirla perdon.

Lui. Por ahora es imposible, Sr. Vizconde.

Rug Imposible!... y por qué?

Lui. Porque Carlota está esperando á una persona. (*aparece en el fondo Carlota.*)

Rug. Pero no os digo, que si recibe á esa persona está perdida?

ESCENA XI.

Dichos, Carlota.

Car. Perdida, por qué? Qué quereis decir?

Rug. Ah! sois vos! La casualidad ha hecho que nos veamos. (*á Luisa.*) Mme. Dubouloy, en nombre del cielo tened cuidado de que nadie nos oiga... De esta conversacion pende su felicidad y la mia.

Car. Anda, Luisa. (*vase Luisa.*)

Rug. (*á Carlota.*) Si señora.. si, cuando vos entrábais estaba diciendo á vuestra amiga, que tratan de perderos.

Car. Perderme!

Rug. Un infame complot está tramado contra vos, contra vuestro honor.

Car. Contra mi honor?...

Rug. El Rey vá á venir, no es verdad?

Car. Imaginais por ventura...

Rug. El Rey os ama.

Car. No lo creo.

Rug. ¿No os lo dijo él mismo ayer tarde?

Car. Felipe V, es nieto del Rey Luis XIV, y como él, galante y decidor, pero nunca se deben mirar como formales las palabras que su galantería le inspira.

Rug. Y yo os digo, señora, que os ama, y que estoy seguro de ello.

Car. Ayer me vió por la primera vez... y quereis que en tan corto tiempo...

Rug. No, no señora... estais equivocada... os conoce hace ya tiempo... os ha visto en Saint-Cyr, y su venida á España, es lo que le ha impedido ocuparse de vos formalmente.

Car. Pero aunque existiera ese pretendido amor, ¿no estoy recomendada por su abuelo y por Mme. Maintenon?

Rug. Eso precisamente, señora, es lo que os pierde... de ahí nace el complot... esos han tramado tan infernal designio... Ignorais el contenido del despacho que os han remitido para el Duque de Harcourt; ¿ignorais el objeto de vuestra venida á España?

Car. Lo ignoro; ya os lo he dicho.

Rug. Pues bien, señora, voy á haceros saber el contenido de esta carta; voy á descubriros el objeto de vuestra venida. Estais destinada á reemplazar á la Princesa de los Ursinos en el corazon del Rey Felipe V.

Car. Y creeis que ocupan al gabinete de Versalles tan pobres asuntos, tan fútiles combinaciones? Oh! tengo en mejor concepto qué vos la política de Luis XIV.

Rug. ¿Y quién os ha dicho, señora, que son tan infimos y de tan poco valor esos asuntos; que son tan fútiles esas combinaciones? ¿Quién os ha dicho que bajo una intriga amorosa, no se oculta un gran pensamiento político? En fin no sabeis que se trata de apartar al Rey de la perniciosa influencia del Austria?

Car. Oh! á lo menos, caballero, ya que me habeis supuesto tan feo encargo, le habeis ennoblecido en estremo.

Rug. Yo no le he supuesto, señora..., yo no le he inventado... es la verdad, si, la verdad... os lo juro.

Car. Es cierto que las mugeres han tenido una gran importancia política en el siglo que acaba de pasar, y mas de una vez se han conmovido las potencias Europeas, al saber que un Rey habia cambiado de querida.

Rug. En verdad, señora, que esas mugeres hacian un brillante papel!

Car. Si, un papel que anhelaba el orgullo, pero que aborrecia el corazon... Mme. de Montespan, Mlle. de la Valliere,.. Gabriela de Estrees

Rug. Mme. de Estampes, que por poco pierde la Francia.

Car. Ines Sorel que la salvó.

Rug. Veo, señora, que no os disgusta el papel de que estais encargada. Oh!... mucho valor teneis; otras se hubieran aterrado si se hallá ran en vuestro lugar.

Car. Os comprendo... pero escuchadme: hay en el mundo seres privilegiados que tienen parientes, una familia, mugeres felices que tienen un marido á quien aman y de quien son amadas, hijos que las dan el dulce nombre de madre, hermanos que las llaman hermanas .. un padre y una madre que miran con adoracion á su hija. Estos seres tienen grandes obligaciones que cumplir; tienen que conservar intacto un nombre puro, y deben temer el dar en pago á los que han hecho su gloria, oprobio y vergüenz Pero olvidais que tambien hay otros seres á quienes Dios ha arrebatado la familia; á quie un capricho ha dejado sin esposo, que no tien ni el nombre de sus padres, ni el nombre q deben dejar á sus hijos? Hay por fin criatur desgraciadas, abandonadas, solas en el mund que no tienen que dar cuenta á nadie, ni de virtud ni de su vergüenza. Cuando una naci fija su vista sobre estos seres infelices, creye do obtener de ellos un gran resultado, deb estos entonces bendecir á la suerte que ha cr do que todavia pueden servir para alguna cos

y que no los ha olvidado en la noche de su desgracia, como á seres inútiles, inferiores y menospreciados.

Rug. Ah! ya comprendo entonces el motivo de esas vivas y continuas súplicas en favor mio; la premura en romper nuestro matrimonio, y en abrirme las puertas de la Francia; sí, todo lo comprendo, todo lo veo; mas pensadlo bien, señora, tambien hay personas que nunca sufrirán que la muger que hán amado, que la muger que ha llevado su nombre... Yo, por egemplo.

Car. Vos?

Rug. Si señora, yo; mientras viva, mientras tenga lengua para protestar contra semejante infamia, mientras tenga un brazo para sostener una espada, os juro que Mlle. de Merian no será nunca la querida de Felipe V; y si llegára á serlo...

Car. Qué hariais?

Rug. La mataria.

Cria. (*anunciando.*) El Sr. Conde de Mauleon.

Car. Que entre al instante.

Rug. ¡El Rey!... me habiais dicho que no iba á venir.

Car. Os he dicho que no le esperaba.

Rug. Me habiais dicho que no os amaba.

Car. Os he dicho que no lo creia asi.

Rug. Bien, ya veremos á qué viene aqui.

Car. Ya sabeis que las reglas de la etiqueta...

Rug. Verdad es... olvidaba que no tengo derecho... me retiro, pero os advierto que no os pierdo de vista; y si conozco que no me amais, como yo no quiero obtener de vos la indiferencia, haré lo posible para que me odieis. A Dios, señora, á Dios. (*vase.*)

Car. (*sola.*) Me ama!... ¡me ama! oh Dios mio, que feliz soy.

ESCENA XII.

El Rey, Carlota.

Rey. Señora .. Tuvisteis la bondad de permitir que os visitase el conde de Mauleon, y ya veis que se aprovecha del permiso.

Car. Señor...

Rey. Verdaderamente tienen mucha razon en decir que la noche es el dia de las mugeres. Vos nos hicisteis el honor de embellecer y dar vida anoche á nuestro sarao, y hoy os hallo mas animada, mas encantadora que nunca.

Car. Es porque soy feliz... y la felicidad refleja en el rostro la alegria del corazon.

Rey. Sois feliz, señora?

Car. Si, mucho.

Rey. Esa felicidad os conviene; nunca os he visto tan hermosa... ¡oh! no la perdais jamás.

Car. V. M. no ha podido todavia estudiar el cambio de mis facciones, puesto que me ha visto ayer por la primera vez.

Rey. Si, ayer me fuisteis presentada, pero yo os conozco hace mucho tiempo, señora.

Car. Vos me conociais?

Rey. Tan solo con la vista y con el corazon: os vi en Saint Cyr en las representaciones de Esther. Si, cuando creiais que nadie os conocia, cuando con tal confianza os entregábais á vuestro talento, á toda la riqueza de vuestra imaginacion, yo veia á través de la máscara toda la espresion de vuestro rostro, todos los movimientos de vuestra fisonomía: vos pensabais que solo llegaba á mi vuestra palabra; desengañaos, señora, á través del inútil tafetan, yo os estaba viendo como ahora os veo.

Car. Sabeis, señor, que esa es una verdadera traicion?

Rey. Qué quereis? Nosotros, pobres reyes, necesitamos aprender á leer bajo la máscara de todo lo que nos rodea; porque todo lo que nos rodea nos engaña ó procura engañarnos, y cuando quitada la máscara, conseguimos leer en el rostro, queda todavia el rostro que nos impide leer en el corazon.

Car. Perdonad, señor, pero me parece...

Rey. ¡Ah! puesto que sois tan feliz, señora, dejad que me queje de mi desgracia.—Puesto que en vos reina la alegria, dejadme á lo menos que os hable de mi tristeza.

Car. Vos triste... vos desgraciado..?

Rey. No es el colmo de la desgracia para un jóven príncipe de espíritu aventurero, de amante corazon, de alma ardiente, el estar encerrado sin poder salir del estrecho y helado círculo de la política, el estar rodeado de consejeros ancianos, de apagados corazones, que combaten, que oprimen, que ahogan toda la juventud del alma? No es el colmo de la desgracia no tener nunca una esperanza que pueda realizarse, y que cuando se manifiesta un deseo, se le responda: señor, la Francia lo quiere asi... señor, el Austria no lo permite. Mirad de lo que me sirve esa sombra de poder que me han dado... Oh! creedme, señora... solo existe un imperio real, incontestable, despótico, un imperio de derecho divino, el imperio de la beldad, de la gracia y del talento. Ese imperio, señora, es el vuestro. (*tomándola la mano.*) permitid, que me declare vuestro mas fiel servidor.

Car. Señor!

Rey. Juzgad cual seria mi alegria, cuando os ví trayéndome á esta España, donde me han desterrado, un reflejo de mi pasada juventud, un perfúme de mi patria perdida. Corrí hácia vos como el perdido caminante corre hácia la luz que le ilumina en medio de la noche oscura: pero esa luz era una llama ardiente, y esa llama me ha circundado, se ha apoderado de mi y me ha abrasado... ¡oh! yo os amo, señora.

Car. (*ap.*) ¡Cielos!

Rey. Si, os amo. Cuando una palabra como esta ha salido de la boca, despues de haber estado por tanto tiempo encerrada en el corazon, necesita ser oida, necesita ser correspondida... Qué me decis, señora?

Car. Os digo que no puede ser correspondida, sin cometer un crimen; señor, estoy casada.

Rey. Si, pero vuestro marido está ausente, está quizá en el nuevo mundo.

Car. Mi marido está aqui, en vuestra corte, junto á vos.

Rey. Vuestro marido aqui, en mi corte?

Car. Es vuestro favorito, vuestro amigo íntimo.

Rey. ¡Saint Herem!

Car. Si señor.

Rey. Seriais vos la muger de Saint Herem? La jóven que robó en Saint Cyr y que despues abandonó?

Car. Ah!

REY. Puesto que os ha tratado tan indignamente, no os amará.

CAR. Si, me ama; el orgullo le habia separado de mi, pero los celos me le han devuelto... Conozco que me ama, y por eso, señor, os dije que era feliz.

REY. Conque, vos tambien me habeis engañado! Conque me vende todo lo que me rodea? Conque no tendré una verdadera felicidad..? Una felicidad que no se desvanezca como la sombra..? reflexionadlo bien, Mme. de Saint Herem... Puede ser que yo reclame mis derechos y mis prerogativas; puede ser que me acuerde de que esta magestad que me han impuesto, que esta pesada carga que me abruma, me dá á lo menos el derecho de mandar.

CAR. Oh! señor, señor, escuchadme: nadie os vende, nadie os engaña. Al ver Mme. Maintenon mi dolor y mi desconsuelo, me recomendó al duque de Harcourt y me envió á Madrid; para que no saliese fallido su proyecto, era preciso guardar el mas profundo secreto. Juzgad vos, señor, qué pensaria al saber que habia tenido la desgracia de agradaros?.. Diria que yo... que mi coqueteria...

REY. Oh! callad, no me hableis de Mme. Maintenon; bastante ha atormentado al Duque de Anjou, no es justo que persiga todavia al Rey Felipe V. En Paris me incomodaba su despotismo, en Madrid no le puedo sufrir, y gracias á Dios, en Madrid puedo librarme de él. Si señora, si, me han puesto un cetro en la mano, aunque me secára el brazo; han ceñido mi cabeza con una régia corona, aunque me abrasára la frente; me han hecho Rey, Rey, á pesar mio... Pues bien, ya que lo soy, quiero serlo, y lo seré.

CAR. Pero... y Mr. de Saint Herem?

REY. Si; está celoso, ¿no es verdad? Pues bien, yo tambien tengo celos.

CAR. Oh! Dios mio... Dios mio!

REY. Y lo juro...

LUI. (*entrando.*) Carlota... Perdonad, señor; Carlota, Mr. de Saint Herem está en la antesala, quiere entrar, insiste, amenaza...

CAR. (*ap.*) Oh! si se encuentran, está perdido.

REY. Mr. de Saint Herem quiere entrar, cuando el Rey...

CAR. Señor, estoy en mi casa; á mi me toca hacer respetar á las personas que se encuentran en ella.

REY. Pero...

CAR. (*toca una campanilla, á un criado que se presenta.*) Decid á Mr. de Saint Herem que no es mi marido, que no quiero recibirle, que no le conozco.

REY. Oh! señora... cuan reconocido os estoy; que feliz soy!

CAR. Si, pero señor, señor, en nombre del cielo, retiraos.

REY. Os volveré á ver?

CAR. Sin duda, vos sois el dueño de esta casa... pero en este momento yo os lo suplico... No, por aqui no, le vais á encontrar... Luisa, Luisa, conduce á S. M.

LUI. Venid, señor.

REY. Hasta la noche?

CAR. Hasta la noche. (*vase el Rey por un lado y precedido de Luisa.*)

CAR. (*sola.*) Oh! Dios mio, Dios mio, protegedme. (*cae en un sillon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CARLOTA *en escena: se levanta y escucha en la puerta.*

No es ella todavia... Yo misma debia haber ido... Pero y si me seguian... y si el Rey creia? Ademas, es muy natural que Luisa vaya á casa de su marido... ¡ay Dios mio! Con tal que Rugiero lo crea... con tal que venga para que esta noche podamos... ah! oigo ruido, ella es... Luisa.

ESCENA II.

CARLOTA, LUISA.

LUI. (*entrando.*) Ay querida, qué desgraciadas somos!

CAR. Por qué?

LUI. No está en su casa.

CAR. Pues dónde está?

LUI. No se sabe.

CAR. No dijo á qué hora volveria?

LUI. Si no ha parecido desde por la mañana.

CAR. Pero y Mr. Dubouloy?

LUI. Tampoco le he encontrado.

CAR. Has subido á su cuarto? ¿Has dejado alguna carta?

LUI. Me he guardado bien de hacerlo.

CAR. Por qué?

LUI. Porque le estaba esperando un oficial del Rey.

CAR. Un oficial del Rey?

LUI. Si.

CAR. Qué debemos pensar de esto?

LUI. Yo no sé... pero puede que Mr. de Saint Herem haya incomodado al Rey.

CAR. Y que ese oficial esté para...

LUI. Es probable.

CAR. Oh! Dios mio, Dios mio... eso es lo que yo temia; qué haremos, Luisa, qué haremos?

LUI. Qué sé yo.

CAR. Tú has tenido la culpa de todo esto: tú me decias que todo saldria bien, á pesar de lo que yo temia... Ahora, Luisa, Luisa, no me abandones, por Dios.

LUI. Quieres que vuelva? Quieres que le espere?

CAR. No, porque el Rey puede venir de un momento á otro, y no quiero estar sola.

LUI. Puede que venga aqui tu marido.

CAR. Si, pero si vuelve sin estar prevenido, si se encuentra aqui al Rey... ¡ay! Creyendo que le hago traicion, no respetará ni el alto rango, ni la elevada clase de su magestad, y vá á dar un escándalo.

LUI. Tú lo crees asi?

CAR. Ay! y el desgraciado se perderá.

LUI. Pues bien, vamos á enviar un criado para que espere á Comtois, su ayuda de cámara.

CAR. Tampoco estaba Comtois?

LUI. Tampoco; ni Comtois, ni Mr. Dubouloy, ni Rugiero.

CAR. Pero no podemos confiar á un criado...

LUI. Escribe una carta y encarga que solo se la entreguen á uno de los tres.

CAR. Si, pero no quiero escribir aqui, pueden sorprenderme, voy á encerrarme en mi cuarto. Dentro de diez minutos ven por la carta; si por casualidad está el Rey, no haré mas que dártela.

LUI. Está bien.

CAR. Ay Luisa, Luisa; quién habia de pensar todo esto? (*vase Carlota.*)

ESCENA III.

LUISA.

Si, tiene razon. ¡Quién lo habia de pensar! Un Rey que dice que está enamorado de la princesa de los Ursinos, y que se inflama como un volcan por otra muger! Y Carlota que cree que yo tengo la culpa, y empeñada en que la saque de este pantano..! Vamos á ver si...

n CRIADO. Mr. Dubouloy.

ui. ¡Mr. Dubouloy!

iado. Si señora.

i. Que entre. (*Vase el criado.*) Ea, ya está aqui lo que buscábamos... Yo no sé como hay gentes que duden de la providencia.

ESCENA IV.

LUISA, MR. DUBOULOY.

B. Permitid, señora, que á pesar del entredicho que existe entre nosotros...

I. Venis solo?

B. Solo.

I. Y Mr. de Saint Herem?

B. Venia para hablaros de él.

I. De su parte?

B. No, de la mia.

I. Donde está?

B. No lo sé.

. Qué hace ahora?

. Si vos me lo digérais, señora, me hariais un ran favor.

. Mr. Dubouloy... no hay que perder tiempo; ntendámonos.

. Eso es lo que yo deseo.

Qué venis á hacer aqui?

. Venia á suplicar á Mme. de Saint Herem ue no fuera tan cruel con mi pobre amigo, tá medio loco.

Vos le habeis visto desde que se marchó de qui?

. Si señora... un momento nada mas; pero e momento me ha bastado para conocerlo do; parece que le han dado con la puerta en s hocicos.

Como el Rey estaba aqui, Mme. de Saint Hen ha temido...

Precisamente eso es lo que le ha exasperado.

Ay Dios mio, pues estará...

Está furioso.

Y no habeis podido calmarle?

Si, si... á las primeras palabras que le dige envió enhoramala... despues tomó sus pisas.

LUI. Sus pistolas!

DUB. Y echó á correr como un desesperado.

LUI. Pero vos le seguiriais?

DUB. Quise hacerlo, pero él se opuso.

LUI. Y no os dijo nada al marcharse?

DUB. Me dijo que estubiera preparado esta tarde.

LUI. Para qué?

DUB. Se lo pregunté... pero no me respondió.

LUI. Ay Mr. Dubouloy, mi querido Mr. Dubouloy.

DUB. Señora...

LUI. Es indispensable que encontreis á Mr. de Saint Herem.

DUB. Es inútil, si no le llevo la autorizacion que para evitar mayores desgracias venia á solicitar.

LUI. Pero si ya le está concedida. Decidle que puede venir, que venga, que Carlota le espera.

DUB. Cómo es eso?

LUI. Si, si, todas las puertas se le franquearán.

DUB. De veras?

LUI. Y á vos tambien, Mr. Dubouloy.

DUB. Mil gracias por mi amigo... Entonces si le encuentro...

LUI. Traedle de grado ó por la fuerza.

DUB. Os lo traeré.

LUI. Con que vos respondeis de todo?

DUB. Permitid...

LUI. Perdonadme si no os trato con el debido cumplimiento; pero voy á decir á Carlota que os he visto, y que vais á traer á Mr. de Saint Herem. (*vase corriendo.*)

ESCENA V.

DUBOULOY *solo, luego* RUGIERO.

DUB. Eh...! Yo no he dicho tal; digo que si le encuentro le traeré... y aun para eso necesitaré volver á casa, donde le está esperando ese oficial, todo lo cual me inquieta... (*muévese la celosia.*) Eh...! qué es eso?

RUG. Dubouloy...

DUB. Ay! amigo mio, eres tú...! estás aqui?

RUG. Si, estamos solos?

DUB. Enteramente solos.

RUG. Y esas señoras...?

DUB. Están en el otro cuarto.

RUG. Bien, ya ha llegado el momento en que necesito que me ayudes.

DUB. Pero espera que te diga...

RUG. Calla, no hay que perder un instante, porque pueden venir y si una de ellas me ve, todo está perdido.

DUB. Al contrario, todo está...

RUG. Calla... un coche nos está esperando en la calle Angosta de San Bernardo, detrás del jardin... las tápias son bajas, he saltado sin dificultad... Esta noche voy á robar á Carlota.

DUB. Es inútil, amigo mio, enteramente inútil.

RUG. Por qué?

DUB. Porque ya se han arrepentido, porque te están esperando con los brazos abiertos; entra y siéntate como si estubieras en tu casa.

RUG. Es posible?

DUB. Si, amigo mio.

RUG. Calla... ¿Qué ruido es ese?

DUB. (*mirando á la ventana.*) Un coche se ha parado á la puerta... El Rey viene.

RUG. El Rey... y me has dicho que estaban arre-

pentidas, que me podia quedar. Imaginaron tal vez que yo representaria bien el papel de marido complaciente... Pues bien, si, me quedo. (*salta.*)

DUB. Conque quiere decir...

RUG. Quiere decir que continua mi proyecto. A las doce de esta noche entra en el jardin, dá tres palmadas y robamos...

DUB. No, no, amigo mio; tú robarás solo, entendámonos antes de todo Yo consiento en ayudarte á robar, con tal que yo no robe.

RUG. Bien, bien.

DUB. Que viene el Rey.

RUG. Donde me oculto..? ah... ese gabinete... mejor... desde ahí podré oir...

CRIADO. (*anunciando.*) El Sr. Conde de Mauleon.

DUB. Entra pronto. (*Saint Herem entra en el gabinete. Dubouloy sube al proscenio.*)

ESCENA VI.

DUBOULOY, *el* REY, *el* CRIADO.

CRIADO. Voy á prevenir á esas señoras, que el señor Conde...

REY. Bien, ademas me dejais perfectamente acompañado.

DUB. Señor, V. M. es demasiado amable.

REY. No, á fé mia... me alegro encontraros, porque iba á mandar á vuestra casa á buscaros.

DUB. A mi casa... (*ap.*) ¡Diablo!

REY. Asi como á casa de Saint Herem vuestro amigo.

DUB. Mi amigo... oh! algo ha variado nuestra amistad... Hace dias que estamos asi... asi... nos solemos ver muy pocas veces.

REY. Tenia que daros una noticia, pero ya encargaré que os la dé otra persona.

DUB. (*ap.*) No hay remedio, cuando vaya á mi casa me encuentro con otro oficial.

REY. Qué deciais?

DUB. Nada... estaba dando las gracias á V. M. (*ap.*) Tiene razon Saint Herem, no hay que perder tiempo.

ESCENA VII.

Dichos, LUISA.

LUI. Oh! señor, espero que V. M. me perdonará.

REY. El qué? He encontrado aqui á Mr. Dubouloy que me ha hecho perfectamente los honores de la casa... Os doy la enhorabuena, señora... preveo que una próxima reconciliacion...

DUB. Señor, con el permiso de V. M....

REY. Dios os guarde, Mr. Dubouloy.

LUI. Caballero...

DUB. Señora... (*vase.*)

ESCENA VIII.

LUISA, EL REY.

REY. Figúraseme que con mas dificultad se hará vuestro tratado de paz que el de los Pirineos.

LUI. Oh! no me hableis de eso; nos profesamos una aversion...

REY. Que yo voy á trocar en reconocimiento; tomad, señora. (*la da un pliego.*)

LUI. Qué es esto?

REY. Ya lo vereis... Id á decir á Mme. de Saint Herem que la espero.

LUI. Aqui la teneis, señor.

ESCENA IX.

Dichos, CARLOTA.

CAR. V. M. me perdonará si he tardado.

REY. Ya sabeis, señora, que no es el Rey el que viene á vuestra casa, sino el mas rendido y el mas obediente de vuestros servidores.

CAR. Permitis que diga una palabra á Luisa?

REY. Nada os puedo negar, señora.

CAR. (*ap.*) Toma la carta.

LUI. Pero no te he dicho que he visto á Mr. Dubouloy.

CAR. No importa: dos personas le encontrarán mucho mejor que una... anda.

LUI. Pero no me habiais dicho que si el Rey...

CAR. Ahora no le temo... anda, ve pronto. (*vase Luisa.*)

REY. (*ap.*) Hace que se marche... bien.

ESCENA X.

CARLOTA, EL REY.

REY. Ah! señora, vos anticipais todos mis deseos. Si supiérais cuanto he deseado este momento en que nos hallamos solos...? Con que impaciencia le he esperado?

CAR. Perdonad, señor, pero os equivocais.

REY. Pues bien, dejadme con mi engaño; ese engaño hace mi felicidad... Si vos no me amais, dejádmelo creer al menos... Los dias de mi engaño son los de mi alegria... Oh! si señora, no creais que ha sido un sentimiento pasagero, que ha sido un momentáneo capricho el que habeis despertado en mi corazon, sino un amor profundo, duradero, eterno... Oh! os amo mas que á mi vida!

CAR. Señor!

REY. Sí, mas que á mi vida! Nadie compartirá mi amor como nadie compartirá vuestro poder, y mientras yo solo lleve el peso de la corona... vos mandareis, señora, vos sereis la única, la verdadera Reina.

CAR. Ya comprendo, señor, que habrá mugeres que se deslumbren con semejante porvenir.

REY. Pues bien, decid una palabra, señora, y ese porvenir es el vuestro.

CAR. Pero suponiendo que esa palabra desee salir del corazon, un poderoso obstáculo la detiene en los labios.

REY. Cuál es ese obstáculo..? Decid... hablad, y si puede un hombre combatirle, si puede un Rey vencerle...

CAR. No comprendeis, señor, que aunque soy libre, la permanencia de cierta persona en Madrid.

REY. Oh! esta vez yo me he anticipado á vuestros deseos... Uno de mis oficiales está esperando á Saint Herem en su casa. Saint Herem partirá

CAR. Un destierro!

REY. No, tranquilizaos, una comision; Saint Herem saldrá de Madrid, envidiado por los mas ambiciosos cortesanos.

CAR. Y á dónde le envia V. M.?

REY. A Sevilla... á Cádiz.. á Barcelona, que se l

levantado contra mi. A cualquier parte con tal que salga de Madrid, no es verdad?

CAR. Oh señor, fuera de España.

REY. Fuera de España... no sabeis que feliz me hace esa impaciencia... yo deseo su partida mas que vos, porque anhelo oir de vuestra boca dulces palabras de amor... Si, si... partirá esta misma noche á Holanda.

CAR. Para eso hace falta la decision del consejo, la firma de un ministro.

REY. Para eso no hace falta mas que tintero, papel y pluma. (*mirando al rededor.*)

CAR. (*señalando á una mesa.*) Señor...

REY. (*escribiendo.*) Al leer este papel, todas las puertas se abrirán, y el que lo lea será con sombrero en mano, porque en él va la firma del Rey.

CAR. Pues ahora, dadme esa órden, señor.

REY. ¿A vos?

CAR. No lo comprendeis? Mr. de Saint Herem puede presentarse nuevamente en mi casa, puede querer forzar la consigna: decidme, esta órden manda que parta en cuanto la reciba?

REY. Al momento.

CAR. Yo haré que se la dé Luisa ó Mr. Dubouloy. Al leer esta órden obedecerá y sino lo hace asi, V. M. podrá usar de la fuerza para protegerme.

REY. Ah señora, con que es verdad que me amais...? Es verdad...?

CAR. Señor... os lo repito; mientras Mr. de Saint Herem esté en España, nada puedo deciros... ni debereis dar crédito á mis palabras.

REY. Bien, pero cuando ya esté lejos, cuando haya salido de Madrid...

CAR. Entonces sabrá V. M. cuáles son mis verdaderos sentimientos, y espero que no me estimareis menos, porque los he tenido por tanto tiempo encerrados en mi corazon. (*saludando.*) V. M. me permitirá...

REY. Os vais?

CAR. Mr. de Saint Herem está en España, señor. (*vase.– Saint Herem aparece en el dintel de la puerta.*)

REY. Ah, soy el mas feliz de los hombres.

RUG. (*ap.*) ¡Veremos ahora, vive Dios!

REY. (*volviéndose.*) ¡Saint Herem!

ESCENA XI.

EL REY, RUGIERO.

RUG. Si señor, el mismo.

REY. (*ap.*) Carlota tenia razon. (*alto.*) A tiempo venis. Iba á mandar que os buscáran.

RUG. Celebro que la casualidad haya ahorrado á V. M. ese trabajo... Aqui me teneis.—Hablad, os escucho. Qué deseais de mi?

REY. Mas de una vez me habeis dicho que sentiais no servirme de mas que de compañero de aventuras; un rey no es siempre dueño de su voluntad, necesitaba una ocasion, una circunstancia... Esa comision que ayer solicitabais de mi, hoy os la concedo.

RUG. Hoy es ya tarde, señor.

REY. Tarde!

RUG. Si, no la quiero.

REY. Como... pues vos mismo, ayer en el baile...

RUG. Es que he descubierto un secreto que me obliga á permanecer en Madrid.

REY. Y puedo saber qué secreto es ese?

RUG. No tengo ningun inconveniente en decirlo á V. M.

REY. Pues bien, decidle.

RUG. Es que un gran señor, un señor de muy elevada esfera en la corte de Felipe V, ama á la misma muger que yo amo. Ya veis que soy muy mal diplomático, pues os lo digo sin rodeos.

REY. Y cuál es la muger amada por ese gran señor?

RUG. La mia.

REY. La que abandonásteis con tanta crueldad? Ese gran señor no hace mas que reparar vuestra injusticia.

RUG. Yo me encargo de repararla, señor; y ese derecho que reclamo, le sabré defender aun contra...

REY. Acabad.

RUG. Contra vos mismo, señor.

REY. Sabeis que faltais al respeto que debeis á vuestro Rey?

RUG. Yo he nacido en Francia, y no reconozco otra autoridad que la de S. M. el rey Luis XIV.

REY. Pero estais en España, estais en Madrid, en mi reino, no lo olvideis.

RUG. Es decir que soy vuestro huésped. Podeis abusar si quereis de la hospitalidad que me habeis ofrecido.

REY. Salid, Vizconde, salid de aqui.

RUG. Señor, vuestro abuelo Enrique IV hubiera dicho: *Salgamos.* (*oyense tres palmadas.*)

REY. Muy bien; dentro de una hora estareis fuera de Madrid; dentro de tres dias fuera de España.

RUG. Y si no lo estoy?

REY. Os mando á un castillo antes de veinte minutos. (*vase.*)

RUG. V. M. puede hacer lo que guste, yo me quedo.

ESCENA XII.

RUGIERO, *despues* CARLOTA.

RUG. Si, si, aqui, á su vista, ya veremos hasta donde llega su indiferencia. (*sale Carlota.*) Ah venid, señora, venid.

CAR. Al fin os encuentro.

RUG. Si, aqui me teneis... pero no creais que vengo á molestaros. Pronto os vais á ver libre de mi.

CAR. Libre de vos! oh! escuchadme antes de acusarme.

RUG. Vuestro talento ha medido á simple vista todas las dificultades. El matrimonio os sujetaba... le rompisteis; el marido os importunaba... le desterrásteis... Si, la misma ciudad, el mismo reino no podia ver vuestra elevacion y su vergüenza. ¡Desterrado!

CAR. No, no es un destierro, es una comision.

RUG. Que he rehusado, señora. (*oyense tres palmadas.*)

CAR. Desgraciado!

RUG. Es que no es eso todo... el Rey insistió y yo he provocado, yo he insultado al Rey.

CAR. Provocado, insultado al Rey... entonces... partid sin perder momento.

RUG. Si, partir.. salir de Madrid... Dejaros á vos, señora!

CAR. No, no, huiremos juntos.

RUG. Qué decis?

CAR. Digo, que para poner vuestra vida al abrigo de la cólera del Rey, yo he solicitado de él esa comision; digo, que vos fuera ya de España, ningun poder humano me hubiera detenido, y hubiera ido á reunirme con vos aunque fuera al fin del mundo. Digo, que era fingido el rompimiento de nuestro matrimonio, mentira el breve de Roma, calculo mi indiferencia... Soy tu muger... te amo... te he amado siempre, y te amaré toda mi vida; una muger debe amar á su marido, y seguirle á todas partes; yo estoy pronta á seguirte... Llévame, llévame contigo donde quieras.

RUG. Oh! deja que á tus pies te pida perdon; venga el Rey... le espero, le desprecio... Si, tu me amas, y yo tambien te amo.

CAR. Rugiero. (*abrázanse*)

RUG. Pero el Rey...

CAR. Espero que me perdonará... Ya no podia disimular por mas tiempo; le he escrito, se lo he confesado todo, he implorado la generosidad de su corazon... Ya debe haber recibido la carta que le habrá sido entregada al salir de aqui.

ESCENA XIII.

Dichos, DUBOULOY *por la ventana.*

DUB. Rugiero... amigo mio... estás sordo? Hace mas de una hora que estoy haciendo la señal y tú nada.

RUG. Oh Dubouloy... me ama... me ama; siempre me ha amado.

DUB. Entonces, quiere decir que el rapto se hará sin dificultad.

CAR. Cómo!

RUG. Si, habia penetrado aqui con intencion de robarte. Un coche nos está esperando en la calle.

CAR. Si, si, vámonos.

ESCENA XIV.

Dichos, LUISA.

LUI. Carlota! Carlota!.. oh Dios mio.

CAR. Qué es eso?

LUI. Alguaciles... soldados... todas las salidas tomadas.

CAR. ¿Qué haremos? ah! huyamos.

DUB. (*señalando á la ventana.*) Por aqui.

RUG. Ya no es tiempo.

ESCENA XV.

Dichos, un OFICIAL, SOLDADOS.

OFICIAL. El Vizconde de Saint Herem?

RUG. Yo soy.

OFICIAL. Tengo órden de asegurar vuestra persona.

RUG. Está bien.

CAR. (*al oficial.*) Esperad, Señor oficial; quién os ha dado esa órden?

OFICIAL. El señor gobernador.

CAR. Esa órden es nula... ved una de S. M. que prescribe á Mr. de Saint Herem que parta al instante al Haya.

OFICIAL. Se me ha mando tambien, señora, que retire esa órden de vuestras manos, y que os entregue esta otra (*movimiento general.*)

CAR. Del Rey! (*lee.*) Por haber hecho traicion á todos sus deberes de esposo, por haber faltado al respeto que debia á una testa coronada, Mr. de Sait Herem merece un terrible castigo.— Ah! Dios mio!.. Pero este castigo comprenderia tambien á una persona ofendida por él, y que sin embargo ha pedido su perdon; hágase como ella lo desea, y deba Rugiero de Saint Herem su libertad á ella sola; pero que al instante que reciban esta órden, Mr. y Mme. de Saint Herem salgan de España, conducidos hasta la frontera por el oficial encargado de su cumplimiento. El amigo olvida, el Rey perdona.

YO EL REY.

CAR. Ah! ya lo sabia yo.—(*al oficial.*) Os seguimos, señor oficial.

RUG. Ven, Dubouloy.

CAR. Ven, Luisa.

DUB. Eh!.. esperese... El coche no tiene mas que tres asientos... Con que señora...

LUI. Cuanto lo siento! y yo que queria dar por mi mano á vuestro padre...

DUB. A mi padre?.. él que?

LUI. Este titulo de baron.

DUB. Un titulo de baron para mi?

LUI. Para vos, pero si no le quereis... (*va á romperle.*)

DUB. Eso es muy diferente... esperad.

LUI. Pero si no hay mas que tres asientos...

DUB. No importa, subiré en el pescante.

FIN.

MADRID: 1848.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

CALLE DEL DUQUE DE ALBA, NÚM. 13.